TRES POETISAS AMERICANAS

La décima musa: Sor Juana Inés de la Cruz

De entre las poetisas hispano-americanas que en las veinte naciones de nuestra lengua han cultivado o cultivan el verso castellano, vamos a intentar la evocación de tres de las más insignes, una clásica, una romántica y una contemporánea, la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda y la chilena Gabriela Mistral.

Por el interés de sus vidas y por la belleza de sus obras, creo que las tres gloriosas figuras femeninas merecen—aunque no sea el centenario de ninguna de ellas—ser sacadas del pudridero del olvido en que yacen hasta que el almanaque de las efemérides señale sus horas. Alguna vez he dicho que si todas las fechas son buenas para evocar a los grandes personajes desaparecidos, las mejores suelen ser aquellas en las que por no coincidir en el recuerdo con los demás, nos encontramos más cerca de ellas, las hacemos más nuestras.

La «décima Musa» o la «Fénix de México» como llamaron a Sor Juana Inés de la Cruz en las últimas décadas del siglo XVII sus paisanos; el mejor poeta lírico del reinado de Carlos II a juicio de don Marcelino Menéndez Pelayo, quien calificó de «sobrenatural y milagrosa» su aparición en las decadentes letras hispánicas de la época; «la más radiante mujer que haya atravesado nunca por los panoramas de nuestra historia», según el gran poeta mejicano Amado Nervo, es uno de esos prodigios de la naturaleza, inexplicables como el amanecer, la tempestad

o la primavera. Como quienes la vieron vivir en su ambiente y en su siglo no salieron del asombro que les producía; como ni siquiera quienes por privilegio de su estado sacerdotal escucharon en el confesonario las confidencias de su alma pudieron comunicarlas a nadie ni aun después de muerta por el inquebrantable secreto de confesión, es muy difícil ahora, a casi los tres siglos de su muerte, buscar y hallar otras explicaciones de su talento, su cultura, sus dones poéticos y de simpatía, fuera de lo que ella nos dejara dicho de sí en las páginas directa o indirectamente autobiográficas de sus obras..., en las que tampoco quiso o pudo aclarar del todo el misterio de las facultades de su alma. No obstante, ellas serán nuestra guía en este breve viaje por su vida.

Sor Juana Inés de la Cruz, llamada en el siglo Juana de Asbaje, era hija del hidalgo español don Pedro Manuel de Asbaje, natural de la villa guipuzcoana de Vergara, emigrado a Nueva España en busca de fortuna, y de la criolla doña Isabel Ramírez de Cantillana, nacida de padres españoles en Ayacapixtla. Vino al mundo la niña en una habitación que llamaban «la celda» de la Alquería de San Miguel de Nepantla, situada en un hermoso valle entre los volcanes Popocatépetl e Ixtacihuatl, la noche del viernes doce de noviembre de 1651.

Niña Juana tenía una hermana algo mayor, a la que la madre envió para aprender «a una de esas que llaman *las Amigas*». Es decir, a lo que en Andalucía se denominaba hasta hace poco la *Miga*—citada por Góngora en el romance de la «Hermana Marica» y por Juan Ramón Jiménez en el capítulo VI de «Platero y yo» en que habla de la «Miga» de doña Domitila en Moguer—corrupción de la palabra Amiga. La Amiga era la escuela no oficial, en la que una buena señora pobre, enseñaba a leer por muy poco dinero a las niñas y niños de un pueblo. Imagino que en San Miguel de Nepantla, como en los blancos pueblos onubenses, los niños irían a la «Miga» llevando sus sillitas, porque en la casa no había bancos, y con su moneda de bronce en la mano para pagar la lección de cada día. Por cariño y travesura la pequeña Juana Inés, con sus tres añitos vivarachos, se iba cada mañana tras su hermana mayor a la *Amiga*. Por travesura y juego, que

divertía a la maestra, tomaba las tablillas del abecedario y seguía con sus deditos los caprichosos signos que la maestra llamaba la a, la be, la ce, la che, la equis, la y griega, la zeta, grabándolos en la retina, imprimiéndolos en el oído y enganchándolos en las cuerdas vocales. A los pocos días, empezaría un juego más divertido: casar las consonantes con las vocales en el silabario —b a ba, be e be, b i bi—y enseguida el deletreo de vocales y frases, la lectura de corrido, la tabla de sumar y la de multiplicar sobre esa melodía inefable que jamás olvidaremos quienes la aprendimos con la vieja pedagogía... Todavía las mayorzotas se atascaban en las palabras de más de tres sílabas y con las multiplicaciones por más de dos guarismos, cuando la diminuta Juana Inés, con su lengüita de trapo, se lo sabía todo de carrerilla, pasmando a la maestra, a la que, con astucia impropia de su corta edad, había querido hacer creer que su madre ordenaba le diese lecciones. La maestra, sin creerlo, accedió al principio por ternura, continuando luego asombrada de aquella portentosa precocidad. (Imaginemos su júbilo cuando andando el tiempo supiera que aquella niñita que aprendió de ella las primeras, era la reina de las letras mejicanas. Juana le guardó gratitud eterna y la nombró como posible testigo de sus afirmaciones, en una hora dramática de su vida).

No menor que el de la maestra fue el asombro de doña Isabel Ramírez de Cantillana —que debió enviudar muy pronto, pues Sor Juana Inés nunca menciona a su padre—al ver que su chamaquita leía, no sólo las cartillas como su hermana, sino los libros con los que el abuelo pasaba los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio. Muerta de risa y de gozo, en vez de propinar a la niña los azotes temidos por su diablura, pagó con largueza a la maestra el estipendio no concertado.

Juana Inés siguió yendo a la Amiga hasta saber todo cuanto la humilde maestra pudiera enseñarle. En la escuela y en el hogar aprendió, además de las primeras letras y oraciones, todos los primores de costura que tan rápidamente dominan las chiquillas por gracia y privilegio de su sexo. En las tardes de buen tiempo, cuando sentada en un escabel a la puerta de la casa, frente al gigantesco volcán con mano de nieves y corona de lla-

mas, manejaba la aguja o los bolillos, la niña canturriaba canciones populares aprendidas de los colonos españoles y los sirvientes indios y mestizos, u otras para las que «sin tener arbitrio en ello», como dirá más tarde, inventaba palabras y músicas.

Un día, alguien que merecía entero crédito a la niña, aseguró en su presencia que comer queso embotaba la inteligencia. Juana Inés, golosa del sabroso alimento como un voraz ratoncillo, decidió sacrificar el deleite de su paladar, renunciando a comerlo, con tal de conservar intacta la lucidez de su cerebro que le permitía comprender cuanto decían los gruesos librotes del abuelo. A este temprano sacrificio infantil seguirían otros de la adolescente, la joven y la mujer hecha y derecha, demostrativos del temple heroico de su espíritu, que más adelante habremos de enumerar.

Otro día oyó hablar de un mozo de San Miguel de Nepantla o del vecino caserío de Amecameca, que se disponía a marchar a la capital del Virreinato de Nueva España, la ciudad de México, para estudiar en su Universidad —la primera de América con la de San Marcos de Lima —inaugurada un siglo antes de nacer Juana de Asbaje, el 25 de enero de 1551, como «coronamiento de la más gloriosa obra educativa que jamás haya hecho poder colonial alguno», según afirma el historiador mexicano José de Vasconcelos. La melodía inédita de la desconocida palabra «Universidad», incitó la curiosidad, alerta siempre, de la niña de ocho años, incorregible preguntona. Ni la madre ni la maestra supieron explicarle debidamente su significado. La Universidad debía ser algo así como una escuela muy grande, muy grande, en donde se enseñaban por los sabios más sabios, todas las cosas que se pueden aprender en este mundo. El padre Muñoz, vicario de Amecameca, le detalló todo cuanto explicaban los maestros en las aulas —¡qué hermosa palabra «aulas», que sonaba a la niña como jaulas desprovistas de barrotes, para dar libertad a los pájaros ávidos de volar por cielos más altos que el Popocatépetl!—: la Gramática, la Retórica y la Elocuencia; la Música y la Astronomía; la Matemática y la Medicina; la Filosofía y la Teología. El buen vicario se echaría a reír cuando oyera el insólito deseo de Juana Inés de ir a estudiar todo aque-

llo en la Universidad mexicana, que imaginaba ser el verdadero pórtico de la felicidad terrenal. Y como sabía que la hija de doña Isabel Ramírez de Cantillana tenía suma facilidad para componer versos, la prometió darle en premio un hermoso libro, si era capaz de componer una loa para la próxima fiesta en honor del Santísimo Sacramento. Juana Inés dijo que la haría y ganaría el premio, pero insistió en su deseo de ir a la Universidad y tuvo una rabieta al oír decir al sacerdote que a la Universidad sólo iban los hombres, sin acertar a darle una respuesta convincente de por qué se excluía de ella a las mujeres.

Según manifestaría muchos años después en una larga confesión escrita al obispo de Puebla, fray Manuel Fernández de Santa Cruz —que extrañamente utilizaba el seudónimo que, con gracia, llama Amado Nervo «las enaguas», de Sor Filotea de la Cruz—, una vez en su casa hizo a su madre la más extraordinaria petición que hasta entonces oyera madre alguna: que la dejase cortarse el pelo, sustituir las faldas por las calzas, el manto por el manteo, los chapines por los zapatos, y, suprimiendo a su nombre de Juana la a final, la enviara como si fuese un varón a México, a casa de unos deudos que allí tenían, para estudiar en la Universidad hasta obtener los grados de Bachiller y de Doctor. Doña Isabel se haría cruces al oír tan insensatas proposiciones, descabelladas y pecaminosas. Aunque recordara haber leído en libros de imaginación o visto en comedias de enredo en los corrales de la capital a algunas mujeres vestidas de hombre para tomar venganza por agravios de amor y honra, nunca viera que una niña aspirase a cambiar la condición que le había dado el cielo, para quemarse las pestañas estudiando y perder su decoro. La negativa materna debió ser tan rotunda que Juana Inés no se atrevió a replicar ni a insistir. Se encerró llorosa en su cuarto y en sueños compondría la Loa solicitada por el padre Muñoz, que pronto le valdría su primer triunfo literario. Por su propósito de cursar estudios universitarios en competencia con los varones y vistiendo el atuendo masculino, no podemos por menos de considerar a la chiquilla mexicana una adelantada en trescientos años a cuantas hoy hacen lo mismo, creyéndose innovadoras y revolucionarias.

A falta de Universidad, la espléndida riqueza y hermosura natural que rodeaba a la alquería de San Miguel, observada con singular atención por Juana Inés, le proporcionaría lecciones sublimes de ciencias naturales con sus maravillosas flora y fauna, la lava del volcán y los pedruscos y minerales diseminados por los campos; en los fenómenos meteorológicos, el relámpago, el trueno, el arco-iris, las tormentas de nieve, las fases de la luna, la conjunción de las estrellas; de música en las mil voces y acordes del viento, el huracán, la brisa, el tamboril del granizo, el violín de los insectos, las flautas y las arpas de las aves; de estética en la perfecta armonía de las cosas creadas por Dios; de teología en ese constante arrobo ante sus manos invisibles y su imperceptible aliento en cada matiz, en cada tornasol, en cada cabrilleo del día o de la noche. Pero además de esa incesante sed de descubrir por sí misma, las verdades descubiertas por los sabios del mundo se acumulaban en los libros que llenaban los plúteos de la biblioteca del abuelo. Primero se acercaría a ellos medrosa, luego confianzuda, considerándolos como maestros, como amigos, como enviados del Señor para saciar su sed de conocimientos. Libros santos y profanos. Algunos que hubieran sido divinos si ocultaran más lo humano, de ser encontrados en su estancia por la madre o el abuelo, provocarían regaños y castigos. Los preferidos eran, desde luego, los de versos. Garcilaso, Herrera, Lope de Vega, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Quevedo y sobre todo Góngora, la mantenían durante horas y horas embobada, embebida, fascinada, extática, llevándola sobre unas alas invisibles hasta los más sorprendentes paraísos. Cuando aterrizaba, todo se le hacía verso y componía mentalmente —y algunas veces trasladaba al papel—sus rimas. Niña Juana Inés pensaba con modestia que mucho más importante que su ingenio era su memoria, realmente extraordinaria, que le permitiría en un futuro muy próximo llevar a cabo singulares hazañas intelectuales.

Sus biógrafos desconocen la causa por la que Juana de Asbaje consiguió su ilusión de ir a México a los diez u once años. Es probable que habiendo contraído su madre nuevo matrimonio con el capitán don Diego Ruiz Lozano, la profesión del padrastro

llevara a la capital a toda la familia. También es posible que doña Isabel y su marido permanecieran en Nepantla para criar a sus hijos —por lo menos de dos se tiene noticia— y pensaran que la niña prodigio estaría mejor que en el campo en la Corte virreinal. En efecto, perdida Lisboa y a punto de perderse Bruselas, Amberes, Milán y Nápoles, la ciudad más importante de la corona de España, después de Madrid y Barcelona, era la capital de la Nueva España, en la que la Metrópoli se recreaba orgullosa, consagrándole singulares cariños y atenciones. En México se ofrecerían muchas ocasiones venturosas a la belleza en flor y al talento casi en fruto de la linda marisabidilla. Mas lo que son las cosas; una vez en México no serían el lujo de las damas, las ricas carrozas, los suntuosos palacios lo que llamaría la atención de Juana Inés, sino el saber de los sabios, las tiendas de los libreros y los corrales de comedias en los que un público fervoroso se entusiasmaría con las obras de Lope de Vega, del mexicano Ruiz de Alarcón y de Calderón de la Barca. Del último también se representaban ante el pórtico deslumbrador de la catedral barroca recién terminada, los maravillosos autos sacramentales.

¿En qué dirá el lector que se empeñó Juana Inés de Asbaje, nada más llegar a México? ¿En vestirse, peinarse y acicalarse como las damiselas que frecuentaban los saraos del Virrey o el Intendente? ¿En aprender la danza y el juego del coqueteo con las manos, los ojos y el abanico? Nada de eso. ¡En aprender el latín! Después de recibir veinte lecciones del bachiller Martín de Olivas, continuó estudiándolo sola, en un fenomenal esfuerzo de autodidactismo, en el que, según cuenta en la mencionada carta a «Sor Filotea» «era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes e imponiéndome ley de que, si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto deprehender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedía así que él crecía apriesa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de

noticias, que era más apetecible adorno». Después de esta confesión, no cabe duda que Juana de Asbaje aprendió el latín «por los pelos», como tantas chicas de su edad en nuestro bachillerato, aunque de muy diferente manera. Ni tampoco de que con siglo y medio de anticipación, rechazó la despectiva frase de Arturo Schopenhauer de que la mujer «es un animal de cabellos largos e ideas cortas».

Los parientes y pupileros de Juana Inés, sus amigos y vecinos, el propio bachiller Olivas atónito ante los progresos de la fugaz discípula, el cura con quien dialogaba en latín, empezaron a crear con sus manifestaciones de asombro una atmósfera de curiosidad y admiración en torno a la tierna doncellica. Más tarde, ella lo contará en romance por boca de la protagonista de una de sus comedias, a la que hace decir:

... Aquí quisiera
no ser yo quien lo relato,
pues en callarlo o decirlo
dos inconvenientes hallo;
porque si digo que fuí
celebrada por milagro
de discreción, me desmiente
la necedad de contarlo;
y si lo callo, no informo
de mí, y en un mismo caso
me desmiento si lo afirmo,
y lo ignoras si lo callo.
Pero es preciso al informe
que de mis sucesos hago
(aunque pase la modestia
la vergüenza de contarlo),
para que entiendas la historia,
presuponer asentado
que mi discreción la causa
fue principal de mi daño.
Inclineme a los estudios
desde mis primeros años,

con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a tiempo breve
fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo industriosa
a lo intenso del trabajo,
de modo que en breve tiempo
era el admirable blanco
de todas las atenciones;
de tal modo que llegaron
a venerar como infuso
lo que fue adquirido lauro.
Era de mi patria toda
el objeto venerado,
de aquellas adoraciones
que forma el común aplauso.
Y como lo que decía
(fuese bueno o fuese malo)
ni el rostro lo deslucía
ni lo desairaba el garbo,
llegó la superstición
popular a empeño tanto
que ya adoraban deidad
el ídolo que formaron.
Voló la fama parlera,
discurrió reinos extraños,
y en la distancia segura
acreditó informes falsos...

Desde las calles, las plazuelas, los mercados y las pulquerías, la voz de la Fama, se fue extendiendo, como las ondas del agua del lago quebradas por una piedra, a las sacristías, a las escuelas, a los colegios de la Caridad y al Superior de San Nicolás, a los claustros y aulas de la Universidad, a los locutorios de los cien conventos de monjas y de frailes, a los mentideros teatrales y políticos, a las covachuelas burocráticas, a los estrados de las grandes damas y las grandes cortesanas, a los salones del palacio

virreinal, de la Capitanía General, de la Intendencia, de la Real Audiencia. El pueblo, la aristocracia, la intelectualidad y el clero, coincidieron por vez primera en un deseo: ver a Juana, oír a Juana, conocer a Juana, admirar a Juana. Por vez primera, la colonia vestida con las galas del Virreinato, olvidada después de la conquista de sus artistas y poetas aborígenes, sentía nacer en el orgullo que le inspiraba aquella criollita, un difuso sentimiento inédito: el de la nacionalidad. Desde hacía siglo y medio, las lenguas primitivas habían caído en desuso y casi en el olvido, pues sólo algunos indios de remotas comarcas hablaban sus dialectos, inservibles para la vida de la civilización cristiana. Indígenas, blancos y mestizos, utilizaban el español y leían con admiración las obras de los grandes escritores metropolitanos. Desde Madrid les habían llegado noticias de los éxitos del corcovado Ruiz de Alarcón, nacido en México sí, pero que se había ido a España para no volver. Sin embargo, ni Lope, ni Cervantes, ni Alarcón, ni Calderón, ni Quevedo, ni Góngora, tan admirados, podían ser considerados totalmente suyos por los mexicanos como la niña Juana Inés de Asbaje. Bajo el asombro general corría soterrada una imprecisa e indecisa ilusión remota de patria propia, independiente, libre, insospechada para la criatura que la inspiraba, aun cuando andando el tiempo no faltaran quienes investigando minuciosamente su obra posterior, hayan creído encontrar posibles intuiciones emancipatorias.

En 1664 llegó a México el recién nombrado Virrey de Nueva España don Antonio Sebastián de Toledo Molina y Salazar, marqués de Mancera, acompañado de su esposa doña Leonor Carreto, dama culta y bellísima. En las primeras conversaciones con las damas de su corte, doña Leonor tuvo conocimiento de la existencia de Juana Inés y manifestó deseos de tomarla a su servicio. El Virrey, galante y enamorado, mandó a buscarla para complacer a la Virreina.

Por fortuna, ya Juana de Asbaje había superado todas las dificultades de la lengua latina y una cabellera espléndida, endrina y ondulada, coronaba su figura en la que la adolescencia dibujaba tímidamente las graciosas curvas de un cuerpo femeni-

no. Su rostro era lindísimo y de toda su persona emanaba un fluído inspirador de admiración y simpatía. Su natural desenvoltura se volvió cortedad al pisar el zaguán del palacio, a pesar de lo cual hizo gentilmente su reverencia cortesana a los señores, besándoles las manos y sometiéndose a su interrogatorio, al que contestó con respuestas encantadoras, en las que se fundían el ingenio y la modestia. Cuando los marqueses-virreyes le pidieron recitar algunos de sus versos, no se hizo rogar ni usó de esos melindres habituales en las poetisas noveles, sino que con absoluta naturalidad dijo unas redondillas y unas décimas. Tanto se prendaron de ella los Virreyes que no la dejaron salir del palacio, encargando a quienes hasta él la habían acompañado, comunicar a su madre y a su padre su propósito de retenerla con ellos y procurarle bienestar y un digno estado cuando pasara el tiempo.

En sus largas horas de charla con su joven menina, la Virreina le hablaba de las grandes figuras femeninas de la literatura española, empezando por Santa Teresa de Jesús, cuyas obras le dio a leer. Luego nombraría a doña Oliva Sabuco de Nantes, autora de una «Nueva filosofía de la naturaleza del hombre», pues seguramente ignoraba que jamás escribiera ese libro doña Oliva, que publicó con su nombre el autor, su padre don Miguel Sabuco y Álvarez, deseoso de dar fama, aunque no provecho, a su hija. A continuación mencionaría a la recién muerta doña María de Zayas y Sotomayor, autora de admirables novelas amorosas y ejemplares, de alguna comedia y de muy bellos versos, cuyo «ingenio vivamente claro» alabara Lope en «El laurel de Apolo». Y a Sor Marcela de San Félix, en el mundo Marcela del Carpio, la hija del Fénix, enclaustrada desde su juventud en el convento madrileño de las Trinitarias Descalzas de la calle de Cantarranas en reparación de los pecados paternos, autora de muchos versos inéditos, que según afirmaban cuantos los conocían, tenían un indiscutible aire de familia y de escuela con los de su insigne progenitor. La marquesa terminaría ponderando la extraordinaria inteligencia y el maravilloso estilo literario de la Venerable Madre María Jesús, fundadora y abadesa de las Concepcionistas de Agreda, que llevaba diez años

escribiendo una Historia de la Virgen que le dictaba la propia Reina de los Cielos y prodigando consejos a la pálida y melancólica Majestad del rey Felipe IV... Con cualquiera de ellas se encontraría un día en los pensiles del Parnaso Juana Inés si perseveraba en su vocación poética y en sus estudios.

Encandilada por la voz augural de la Virreina, la niña insistía en su afán de saber, provocando las chanzas o los celos de los graves varones—letrados, oidores, eclesiásticos y capitanes—asiduos concurrentes al despacho del Virrey. Simultáneamente padecía los insistentes galanteos de algunos mozos petulantes que vivían «con la obsesión del sexo» como hoy se dice, a quienes andando el tiempo apostrofaría en las célebres redondillas que empiezan:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpais,
si con ansia sin igual
solicitais su desdén,
¿por qué quereis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia
y luego con gravedad
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Para cortar el escepticismo de los sabios, el Virrey organizó la más extraordinaria reválida a la que se haya sometido en el mundo a un joven estudiante. Convocó en el gran salón del trono de su palacio a los cuarenta profesores de la Universidad que gozaban de mayor prestigio por su sabiduría e imponían más temor a la grey estudiantil por su rigidez a la hora de las preguntas y su cicatería en la de las calificaciones. Entre aquellos auténticos «huesos» figuraban teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos y humanistas. Cada uno llevaba, en latín o en castellano, su pliego de preguntas, redactado con refinada intención

para sorprender, desconcertar y dejar en ridículo a la sabihonda. Totalmente ignorante de las materias sobre las que iba a ser examinada, Juana compareció ante el tribunal de la ciencia, tan inerme como su homónima la doncella de Orleáns lo hiciera ante el de la justicia rencorosa de Rouen. ¡Pobre Juana Inés, sometida durante horas y horas a la cruel inquisición verbal, sin la posibilidad de escuchar la voz susurrante de un condiscípulo apuntando la respuesta al verla vacilar, ni la de utilizar los viejos ardides escolares del programa iluminado o la «chuleta», que a tantos malos estudiantes con cara dura, convirtieron el merecido suspenso en notable o hasta sobresaliente!...

Además del tribunal, en el que sólo tenía a su favor al Virrey —quien presidía, pero no votaba—ocupaban la vasta estancia la Virreina y sus damas, los personajes todos de la corte y entre ellos alguien al que la joven hubiese querido deslumbrar, más por hermosura y gentileza que por sabiduría, pero que apenas se dignaba concederla de tarde en tarde una mirada o un esbozo de requiebro. Juana Inés entró serena y se sentó ante un bufetillo, para contestar una por una durante varias horas, con claridad y seguridad, todas las intrincadas preguntas. El examen llenó de estupor a los sabios y de temor a quienes no lo eran, recelosos de verse empequeñecidos y oscurecidos por la super-hembra.

Creemos que en el momento de aquel resonante triunfo de la intelectual empezó el fracaso de la mujer. Fracaso del que nada se sabe con certeza, aunque algo se trasluzca a través del artificio de sus versos, que, en muchas ocasiones, son una indudable confesión de un dolor de amor. De un dolor de amor tan recóndito, tan misterioso, que ni los eruditos han podido darle nombre, ni los poetas forma. Don Marcelino Menéndez Pelayo, a la vez poeta y erudito, decía que Juana «fue mujer hermosísima, al decir de sus contemporáneos, y todavía puede colegirse por los retratos que acompañan a algunas de las primeras ediciones de sus obras, aunque tan ruda y toscamente grabados. Fue además mujer vehemente y apasionadísima en sus afectos, y sin necesidad de dar asenso a ridículas invenciones románticas ni forjar novela alguna ofensiva a su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y ser amada mientras vivió

en el siglo. Es cierto que no hay más indicio que sus propios versos, pero estos hablan con tal elocuencia, y con voces tales de pasión sincera y mal correspondida o torpemente burlada, tanto más penetrante cuanto más se destacan del fondo de una poesía amanerada y viciosa, que sólo quien no esté acostumbrado a distinguir el legítimo acento de la emoción lírica podrá creer que se escribieron por pasatiempo de sociedad o para expresar afectos ajenos. Aquellos celos son verdaderos celos; verdaderas recriminaciones aquellas recriminaciones. Nunca, y menos en una escuela de dicción tan crespa y enmarañada, han podido simularse los afectos que tan limpia y sencillamente se expresan en sus estrofas... Los versos de amor profano de Sor Juana son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer».

Amado Nervo no encuentra extraño que Juana conociese el encanto y el veneno del amor. Su hermosura—dice—era notable. «Su ciencia y su discreción rivalizaban con su belleza. Gran número de caballeros de la época solicitaban su mano. La Virreina, marquesa de Mancera, la amaba y protegía; ¿cómo dudar, por tanto, de que entre la turba de amartelados gentileshombres, ella, con todo el ímpetu de su fervorosa adolescencia, escogiese uno de por vida? Pero, con elegancia suprema, supo guardarse muy adentro su dolor, que sólo se percibe como un eco lejano, en tales o cuales estrofas, y el grito, la rebelión, el ímpetu angustioso que pudieron inspirarle versos geniales, escondiéronse quietos dentro de su hábito de monja».

La lectura de varios sonetos de la admirable poetisa, parecen darnos el argumento de su drama de amor, tan corriente en muchachas de gran valer y escasa fortuna. Juana debió enamorarse de algún galán que, bien por tosquedad intelectual fuera incapaz de percibir el oriente extraordinario de aquella perla, bien por ser de superior condición social no quisiera tomarla por esposa, aun cuando mediante ardiente palabrería alternada con desdenes y achares, con fingidos celos mezclados a burlas e inhibiciones, pretendiera enloquecerla para conseguirla y abandonarla. Frente al Don Juan gallardo y calavera, audaz y fatuo, con voz potente de tenor, susceptible de pasar del pianísimo al más brillante agudo en la romanza apasionada, tal vez la Virreina

le recomendara dar oídos a las honestas proposiciones matrimoniales de algún hombre de bien, menos joven, menos galán, con quien podía esperar pasar la vida en un hogar plácido, sin la intranquilidad de una pasión.

Al primero le ama, le aborrece, siente por él desprecio y compasión y se lo dice en magníficos versos, vehementes, románticos y conceptistas, por los que cruzan ecos de Lope de Vega y de Quevedo. Veamos algunos:

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.

Y Amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,
no te atormenten más celos tiranos
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos:
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

¿Vesme, Alcino, que atada a la cadena
de amor, paso, en sus hierros aherrojada,
mísera esclavitud desesperada,
de libertad y de consuelo ajena?

¿Ves de dolor y angustia el alma llena,
de tan fieros tormentos lastimada,
y entre las vivas llamas abrasada,
juzgarse por indigna de su pena?

¿Vesme seguir sin alma un desatino
que yo misma condeno por extraño?
¿Vesme derramar sangre en el camino
siguiendo los vestigios de un engaño?
¿Muy admirado estás? Pues ves, Alcino,
más merece la causa de mi daño.

Dices que yo te olvido, Celio, y mientes
en decir que me acuerdo de olvidarte,
pues no hay en mi memoria alguna parte
en que, aun como olvidado, te presentes.

Mis pensamientos son tan diferentes
y en todo tan ajenos de tratarte,
que ni saben si pueden olvidarte,
ni si te olvidan saben si lo sientes.

Si tu fueras capaz de ser querido,
fueras capaz de olvido; y ya era gloria
al menos la potencia de haber sido.

Mas tan lejos estás de esa victoria,
que aqueste no acordarme no es olvido
sino una negación de la memoria.

Cuando mayor es su enojo, su desengaño, su dolor por el amado esquivo, se le cruza en el camino el desdeñado. Su fideli-

dad la conmueve, pero a la vez la irrita su insistencia de porfiado mendigo pedigüeño de una migaja del amor que ella no puede darle, pues ha entregado todo el trigo tierno de su corazón a la dura piedra de molino del desdeñoso. Deshoja al sí y al no de las niñas la margarita del querer, sin acertar con la enigmática clave del futuro, en estos tres bellísimos sonetos:

Que no me quiera Fabio al verse amado
es dolor sin igual, en mi sentido;
mas que me quiera Silvio aborrecido
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida:
si de éste busco el agradecimiento,

a mí me busca el otro agradecida:
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y ser querida.

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante;
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo:
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo por mejor partido escojo
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

Feliciano me adora y le aborrezco,
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y al que me llora tierno, no apetezco:

a quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro
y al que le hace desprecios enriquezco;

si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí ofendido
y al padecer de todos modos vengo;

pues ambos atormentan mi sentido:
aquéste con pedir lo que no tengo
y aquél con no tener lo que le pido.

Algún biógrafo ha supuesto que el amado desdeñoso, vencido al fin por la ternura de la joven, se disponía a desposarla cuando le sorprendió la muerte. Tal suposición nos parece inverosímil ya que, de ser cierta, hubiera dejado en la obra de la poetisa una honda huella que no se percibe. Otro cree que Juana «conociendo que el verdor de los pocos años tiene su ternura por amenaza de su duración, que no hay abril que pase de un mes ni mañana que llegue a un día; que lo hermoso es un bien de tan ruin soberbia que si no se permite ajar no se estima; que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar su borrón; que aun la mesura de la honestidad sirve de riesgo, porque hay ojos que en el hielo deslizan más; y, finalmente, que las flores más bellas, manoseadas, son desperdicio, y culto divino en las macetas del altar; desde esta edad tan floreciente (diecisiete años) se dedicó a servir a Dios en una clausura religiosa, sin haber jamás amagado su pensamiento a dar oído a las licencias del matrimonio, quizá

persuadida en secreto la americana fénix a que era imposible este lazo en quien no podía hallar paz en el mundo».

Lo mejor será dejarse de suposiciones y acudir a las indudables fuentes de su confesión a Sor Filotea y de sus versos. Dice en la primera: «Entreme religiosa porque, aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de seguridad—que deseaba — de mi salvación; a cuyo primer respeto, como al fin más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que desembarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino y tomé el estado que tan indignamente tengo».

En uno de sus romances vemos cómo se despide para siempre del amado:

Ya que para despedirme,
dulce, idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto
ni me da lugar el tiempo,
háblente los tristes rasgos,
entre lastimeros ecos,
de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros.
Y aun ésta te hablará torpe
con las lágrimas que vierto;
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego...

que termina con estos versos vehementes y dolorosos:

No te olvides que te adoro,
y sírvate de recuerdo

las finezas que me debes,
si no las prendas que tengo.
Acuérdate que mi amor
haciendo gala del riesgo,
sólo por atropellarlo
se alegraba de tenerlo.
Y si mi amor no es bastante,
el tuyo mismo te acuerdo,
que no es poco empeño haber
empezado ya en empeño.
Acuérdate, señor mío,
de tus nobles juramentos
y lo que juró tu boca
no lo desmienten tus hechos.
Y perdona si en temer
mi agravio, mi bien, te ofendo,
que no es dolor el dolor
que se contiene en lo atento.
Y adiós, que con el ahogo
que me embarga los alientos
ni ya sé lo que te digo
ni lo que te escribo leo.

En otro romance en que expresa los efectos del Amor Divino, recuerda —ya desde el monasterio— su lejano amor humano, y dice:

Yo me acuerdo (¡ah, nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo.
Mas como era amor bastardo,
y de contrarios compuesto,
fue fácil desvanecerse
de achaque de su ser mesmo...

Cualquiera que fuese el motivo, el caso es que Juana de Asbaje, en plena juventud, en plena belleza, en plena sazón inte-

lectual se aparta del mundo, de un mundo por el que se siente injustamente perseguida, en el que, bajo las máscaras de la cortesía y de la adulación, ha descubierto el repugnante rostro de la envidia. Claramente lo dice en este soneto:

¿En perseguirme, mundo, qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura que vencida
es despojo civil de las edades
ni riqueza me agrada fementida;

teniendo por mejor en mis verdades
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

Antes de cumplir los 16 años, la flor de la corte virreinal cedió a los consejos de su confesor y en un arrebato de ilusorio misticismo, trató de servir a Dios dentro de la orden Carmelitana, cuya Regla reformara, imponiéndole una ascética aspereza, la santa de Ávila. Ingresó como religiosa corista en el convento de San José, luego de Santa Teresa la Antigua, el domingo 14 de agosto de 1667, permaneciendo en él sólo tres meses y cuatro días. Los ayunos y penitencias, el cilicio y el jergón de paja, la ruda estameña y los pies descalzos, insoportables para un cuerpecillo adolescente, quebrantaron la salud de Juana y la obligaron a volver al mundo para fortalecerse y buscar otro retiro menos severo. Al cabo de quince meses, el 24 de febrero de 1669, volvió de nuevo al claustro, esta vez a uno más suntuoso y menos cerrado, el de la aristocrática y opulenta comunidad que llevaba el nombre y ocupaba el monasterio de San Jerónimo. La entrada de una novicia en las Jerónimas era

lo que en los «ecos de sociedad» de los periódicos se califica de «acontecimiento social». Si la novicia era una joven tan conocida como Juana Inés, mimada de la Virreina y espléndidamente dotada por un rico padrino, no es difícil imaginar la cera que ardería en el templo, reflejándose en el oro y la plata de los altares barrocos, en la policromía de las vestiduras ceremoniales; la triunfal sonoridad del órgano; el perfume de las flores y el incienso; el rumor de las sedas y brocados de las damas y el retiñir de las espadas y las espuelas de los caballeros que en unión de los cabildos eclesiástico y secular y representaciones de todas las Órdenes religiosas con casa en el Virreinato, habían sido invitados a los desposorios de la décima Musa con Jesucristo. El «todo México» del tópico, vio cómo la hija de don Pedro Manuel de Asbaje perdía su nombre y adquiría para la posteridad el de Sor Juana Inés de la Cruz.

Muy curiosos detalles sobre la vida en los monasterios femeninos de Nueva España se encuentran en la biografía de Sor Juana Inés de Amado Nervo. Alguno como el de que cada monja—incluso las novicias—de los conventos de México, Querétaro o La Habana tenía de cinco a seis criadas, llenará de estupor a muchas de mis lectores, afectadas hasta la desesperación por la crisis del «servicio doméstico». Las criadas—casi siempre indias o mestizas—eran la estafeta y el teléfono de las religiosas, que, aun retiradas del mundo, mantenían con él todos los contactos del chismorreo, el cuchicheo y el cotilleo. Las sirvientas iban y venían del coro al caño—es decir de los conventos a los palacios—con regalos de todas clases, con cartitas, con recomendaciones seglares, con jaculatorias suplicando la intervención de éste o el otro santo en negocios profanos, con libros, con partituras musicales. Los días de fiesta se celebraban en los conventos con recitales poéticos, conciertos, representaciones de autos o comedias, suculentas meriendas y hasta bailes. Naturalmente, el ingreso en las Jerónimas de la nueva religiosa, aumentaría el número de visitantes—de los virreyes abajo—al locutorio. Muy pronto, la celda de Sor Juana Inés de la Cruz —nada parecida a la del primer cenobio carmelita—se convirtió, como dice Menéndez Pelayo, en una «especie de academia, llena

de libros y de instrumentos músicos y matemáticos». La monja no renunció a vivir la vida literaria. Distanciada de estrados y mentideros, el locutorio mantenía el enlace con todos los problemas intelectuales, políticos, morales y sociales del Virreinato. También estaba al tanto de todos los del Imperio español, vacilante entre las débiles manos de Carlos II, gracias a una intensa correspondencia epistolar con doctores y poetas de la Metrópoli, perdida desgraciadamente para la avidez de biógrafos e historiadores, por esa incurable alergia ibérica a los papeles viejos. A pesar de las muchas horas que Sor Juana Inés dedicaba a sus lecturas, a sus cartas, a sus conversaciones, a sus rezos y a su creación literaria, en los veinticinco años de su vida monástica le quedó tiempo para desempeñar durante nueve el empleo de contadora y otros cargos comunitarios. En cambio renunció dos veces al de Abadesa, para el que por unanimidad la eligieron sus hermanas, que la querían por su natural blando y afable y buscaban su compañía en las horas libres, encontrando consuelo, recreo y enseñanzas en su conversación llena de donaire.

Sin embargo, no hay felicidad completa. Aun querida, admirada, halagada y adulada universalmente, dentro del huerto de caridad que debía ser el convento, anidaría la envidia, según cuenta la propia Sor Juana Inés, con estas patéticas palabras que jamás perderán vigor y actualidad: «¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así: porque entre las flores de esas mismas aclamaciones, se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar; y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido; sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura mereciendo mucho con Dios por la buena intención) me han mortificado más que los otros, con aquél: No conviene a la santa ignorancia, que deben, este estudio; se ha de perder, se ha desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza. ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de

martirio, donde yo era el mártir y me era el verdugo! Pues por la (en mí dos veces infeliz) habilidad de hacer versos, aunque fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado? ¿O cuales no me han dejado de dar? Cierto, señora mía, que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala o le señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer, es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen; o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban, y así le persiguen. Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su república el que se señalaba en prendas y virtudes, porque no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro, no menos eficaz aunque no tan bien fundado, pues parece máxima del impío Maquiavelo; que es *aborrecer al que se señala, porque desluce a otros*. Así sucede y así sucedió siempre».

La envidia o la incomprensión hicieron más de una vez que sus preladas la obligasen a dejar de estudiar. Sor Juana Inés obedeció en cuanto a cerrar los libros se refería. Pero como en su niñez, al saberse imposibilitada de ir a la Universidad, encontró ahora que todas las cosas creadas por Dios le servían de letras y de libro. Ya es sabido que la observación directa de la naturaleza ha sido el origen de muchos grandes descubrimientos científicos. Así Sor Juana, mirando al testero de un dormitorio del convento, contemplando los juegos de las niñas que asistían a la escuela conventual o simplemente guisando en la cocina, intuyó leyes ópticas, físicas e incluso teológicas. Tan abstraída estaba en la contemplación de las cosas pequeñas y de los grandes fenómenos naturales, que perdió el apetito y el sueño, la diligencia y la alegría en forma tan alarmante que los físicos estimaron que la única medicina capaz de atajar una grave enfermedad nerviosa era volverla a sus libros amados, los cuales eran aire para sus pulmones, vitaminas para su organismo. La abadesa no tendría otro remedio que acceder—a pesar suyo—al tratamiento intelectual a grandes dosis de la doliente latiniparla.

Algo peor ocurriría a Sor Juana Inés andando el tiempo. Por su mal topó con la Iglesia, y a punto estuvo de hacerlo con el Santo Oficio, al escribir—no se sabe si por propio impulso o por sugestión ajena—una intrépida réplica a cierto sermón pedantesco y conceptista del portugués padre Vieyra, a quien admiraba por su talento, su suavidad, su energía y su elocuencia. Si grave inoportunidad fue la de Sor Juana meterse en donde no la llamaban para defender a unos santos de varias afirmaciones orgullosas del predicador lusitano—del que dice con gracia Amado Nervo parecía «de este siglo de los superlativos, del autobombo, de la megalomanía, en que cada quisque se llama a sí mismo genial, o por lo menos insigne»—, mayor fue aún la del obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz, al ocurrírsele pasar el manuscrito de la monja a la imprenta y lanzarlo a la voracidad de sus enemigos.

No creo necesario decir el escándalo que produjo en México la audacia de una monja, por muy famosa que fuese por su sabiduría y su capacidad poética, de rebatir a quien gozaba fama universal como teólogo, orador sagrado, misionero y confesor de majestades como el rey de Portugal y la reina Cristina de Suecia. Y si todavía hubiese sido un atrevimiento de la ignorancia, menos mal, pues esos siempre tienen perdón. Pero no: en la réplica de Sor Juana Inés, según parece, poníanse de manifiesto los ingeniosos sofismas del predicador, contestándoles metódica y contundentemente, como quizá no hubiese podido hacerlo ninguno de los eclesiásticos del Virreinato. Esto resultaba de tal gravedad que el propio obispo de Puebla se asustó de lo hecho por Sor Juana Inés y por él, recogió velas y aconsejó a la monja—quizás cediendo a presiones ajenas—que dejara de leer autores profanos y leyera alguna vez el Libro de Jesucristo, cuidando en los versos que escribiera en lo sucesivo de imitar «a Santa Teresa, el Nacianzeno y otros santos (que) canonizaron con los suyos esta habilidad». Las letras humanas —añadía— «deben reprobarse cuando roban la posesión del entendimiento humano a la sabiduría divina haciendo señoras las que se destinaran a la servidumbre».

La pobre Sor Juana Inés debió quedar anonadada al recibir

la tremenda e inesperada reprimenda, encontrándola inoportuna y falta de razón en aquel momento. Como dice Amado Nervo, «¡quién sabe si en los meses de prueba que siguieron, la mujer admirable no lamentó su propósito (tan repugnante antaño a su carácter) de entrar en religión! ¿No era preferible, a tanta fatiga espiritual, *la fatiga augusta de la maternidad?* O mejor ser libre, ser dueña de sí misma, para escribir a su antojo, para abrazarse a sus libros, para sorberles todo el tuétano de la vida intelectual que contenían, de esa vida de la que siempre estuvo sedienta».

Cerca de tres meses meditó Sor Juana Inés la respuesta a la «pastoral insinuación» de Sor Filotea, respuesta en la que nada se dejó en el tintero. Segura de sí dice conocer bien que esa insinuación no se refiere a la réplica al Padre Vieyra sino que recae «sobre lo mucho que habréis visto de asuntos humanos que he escrito: y así lo que he dicho no es más que satisfaceros con ella a la falta de aplicación que habréis inferido (con mucha razón) de otros escritos míos: y hablando con más especialidad, os confieso con la ingenuidad que ante vos es debida, y con la verdad y claridad que en mí siempre es natural y costumbre, que el no haber escrito mucho de asuntos sagrados no ha sido desafición, ni de aplicación la falta, sino sobra de temor y reverencia debida a aquellas Sagradas Letras, para cuya inteligencia yo me conozco tan incapaz y para cuyo manejo soy tan indigna».

Siguen dos confesiones desgarradoras de su vocación literaria y de su escasa vocación religiosa: «Lo que si es verdad, que no negaré (lo uno porque es notorio a todos; y lo otro, porque aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad) que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras que ni ajenas reprehensiones (que he tenido muchas) ni propias reflexas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir ese natural impulso, que Dios puso en mí: su Majestad sabe por qué y para qué: y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su ley, pues lo demás sobra (según algunos) en una

mujer: y aun hay quien diga que daña. Sabe también su Majestad que no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificárselo sólo a quien me lo dio, y que *no otro motivo me entró en la Religión, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad;* y después de ella, sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien sólo lo debió saber, lo que me intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación: y sí lo sería».

Después de justificarse plenamente, ya no quedaba a Sor Juana Inés otro camino que el de la obediencia. Y empieza a obedecer con sacrificio cuya magnitud sólo podrán comprender quienes sientan por los libros el amor que Juana de Asbaje les tuvo toda su vida. Su biógrafo, el Padre Calleja, lo expresa así: «la amargura que más sin estremecer el semblante pasó la Madre Juana, fue deshacerse de sus amados libros, como el que en amaneciendo el día claro, apaga la luz artificial por inútil: dedicó algunos para el uso de sus hermanas, y remitió copiosa cantidad al señor Arzobispo de México para que, vendidos, hiciese limosna a los pobres». Sólo quedaron en su celda «tres libritos de devoción y muchos cilicios y disciplinas». Parece ser que la Biblioteca de Sor Juana Inés de la Cruz contenía más de cuatro mil libros de variadísimas materias, la mayor parte de los cuales le fueron regalados por cuantos escribían o imprimían en México y en todas las Españas—dice Amado Nervo.

Así, sin amistad de libros, mortificando su cuerpo con los mismos ayunos, penitencias, incomodidades y cilicios que no pudiera soportar en su juventud, pasó Sor Juana Inés los últimos años de su vida. A tanto llegaba su rigor consigo misma —tal vez para librarse de la tentación de ceder al placer de escribir—que su confesor hubo de amonestarla para que suavizara las mortificaciones, pues también el cuerpo es obra de Dios y maltratarlo con exceso puede ser pecado de soberbia. Una vez más obedece, recogiendo su estado de ánimo en este bello romance:

Mientras la Gracia me excita
por elevarme a la esfera,

más me abate hasta el profundo
el peso de mis miserias.
La virtud y la costumbre
en el corazón pelean;
y el corazón agoniza
en tanto que lidian ellas.
Y aunque es la virtud tan fuerte,
temo que tal vez la venzan,
que es muy grande la costumbre
y está la virtud muy tierna.
Oscurécese el discurso
entre confusas tinieblas,
pues ¿quién podrá darme luz
si está la razón a ciegas?
De mí misma soy verdugo
y soy cárcel de mí mesma,
¿quién vio que pena y penante
una misma cosa sean?
Hago disgusto a lo mismo
que más agradar quisiera;
y del disgusto que doy
en mí resulta la pena.
Amo a Dios y siento en Dios,
y hace mi voluntad mesma,
de lo que es alivio, cruz,
del mismo puerto, tormenta.
Padezca, pues Dios lo manda;
mas de tal manera sea,
que si son penas las culpas,
no sean culpas las penas.

Durante muchos años, Sor Juana Inés había ejercitado con infinita dulzura la virtud de la caridad. Generosamente había dado a manos llenas cuanto poseía, repartiéndolo con sus hermanas y sirvientas, con las niñas del colegio, con los pobres. Pero quizá en donde practicaba con más amor la caridad era en la enfermería conventual. En cuanto una de las religiosas

contraía una dolencia, Sor Juana Inés corría a la cabecera del lecho para constituirse en centinela dispuesta a impedir el paso al dolor y la muerte. Su mano era la más fresca para el ardor de las frentes febriles, la más diestra para mullir almohadas, cocer tisanas, hervir caldos, batir natillas y montenevados, sajar pústulas, vendar llagas, lavar inmundicias, disponer mortajas. Su voz consolaba a las moribundas al recitar, junto a las fúnebres preces de los agonizantes, los versos a Cristo y a María de sus poetas más amados. Su risa devolvía la alegría a las convalecientes. Sor Juana Inés era el verdadero ángel de la misericordia en el recinto del dolor. Por eso no es de extrañar que, como dice su primer biógrafo, «enfermase de caritativa» y de caritativa muriese.

La primavera de 1695 azotaba a México con una epidemia que causó estragos en el convento. Una tras otra las monjas, viejas y jóvenes, enfermaban y morían. Con más celo que nunca, con más caridad que nunca, inasequible al temor o a la fatiga, Sor Juana Inés cuidaba a unas y otras. Cerraba los ojos y besaba con ternura maternal en la frente a las que expiraban... Hasta que un día, se manifestaron en su cuerpo los terribles síntomas. Vencida por la fiebre, sin fuerzas para mantenerse en pie, se sometió al tratamiento tan bárbaro como inútil y penoso, prescrito por los físicos. A diferencia de otras enfermas que lo perdían pronto, Sor Juana Inés de la Cruz conservó el conocimiento hasta el último instante. Alguien escribiría en un retrato suyo conservado por las Jerónimas de México, que demostró «el acierto mayor de su grande ingenio de saber morir a las cuatro de la mañana, Domínica del Buen Pastor, día 17 de abril del año de 1695, habiendo vivido cuarenta y cuatro años, cinco meses, cinco días y cinco horas». En efecto, sufrió la enfermedad con ejemplar resignación, recibió los Sacramentos con el máximo fervor y entregó su alma al Creador «no sólo con serena conformidad sino con vivas señales de deseo».

La noticia se extendió con rapidez inusitada por la ciudad de México, por todo el Virreinato, por toda la América española y voló sobre montes y mares para llegar a España, en donde Sor Juana Inés era muy conocida y admirada. El dolor de la

comunidad jerónima, el del pueblo, la nobleza, la intelectualidad y el clero de México fueron unánimes. Ante la muerte de la admirable poetisa, hasta en las amarillas pupilas de la envidia brilló una lágrima de color de vinagre, por adivinar que durante muchos años—siglos quizá—no encontraría en el Virreinato una presa tan alta en que cebarse. El cortejo fúnebre de Sor Juana Inés por las calles de México fue tan solemne y cruzó ante una muchedumbre tan acongojada como el que sesenta años atrás contemplara Madrid al morir Lope de Vega. Desde el día en que el cuerpo de Sor Juana Inés volvió a la tierra, su nombre se convirtió en una de las más puras glorias de la literatura mexicana y de todas las de Hispanoamérica. De ella se han hecho grandes elogios, muchos de los cuales hemos repetido en estas páginas. Sin embargo, para terminar, quiero citar el de otra insigne figura de las letras femeninas españolas de América, Gabriela Mistral, quien resume así toda la vida de la Décima Musa mexicana: «Milagrosa la niña que jugaba al pie de los volcanes en los huertos de Nepantla; casi fabulosa la joven aguda de la corte virreinal; admirable la monja docta; pero grande por sobre todas, la monja que, liberada de la vanidad intelectual, olvida fama y letrillas, y sobre la cara de los pestosos recoge el soplo de la muerte y muere vuelta a su Cristo como a la suma Belleza y a la apaciguadora Verdad».

La enamorada constante: Gertrudis Gómez de Avellaneda

Aunque ahora esté de moda considerar caducados los sentimientos amorosos a la manera de nuestros abuelos y se asegure que a las mujeres del día mucho más que los asuntos del corazón les interesan la economía doméstica, los deportes, la sociología, las modernas estéticas o las rebajas de los grandes almacenes, yo no comparto esa teoría y creo que todavía hoy pueden interesar los románticos episodios de la vida sentimental de una

de las más notables poetisas de nuestra lengua, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, prototipo de la infatigable trabajadora y de la enamorada constante—o mejor dicho de la constante enamorada—, mucho menos conocida en nuestro tiempo de lo que merecen su ardiente corazón y su talento, este último precursor audaz de la incorporación a la vida literaria y cultural de España de esa ancha corriente femenina que, con tanto acierto, disputa hoy a los varones los grandes premios literarios, las columnas de los periódicos, las clínicas, las cátedras, la admiración popular, el éxito, la gloria y la inmortalidad. En esa creencia, sin engolar profesoralmente mi estilo para enjuiciar con severidad de moralista o de dómine la vida y la obra de la poetisa, me limitaré a referir con sencillez algunos dolorosos episodios de su existencia y a transcribir algunos de sus versos.

Embarquémonos imaginariamente con rumbo a uno de los lugares más hermosos del mundo, a una de las tierras más amadas de los españoles: la isla de Cuba, *la perla de las Antillas*, como el tópico, en esta ocasión ajustado exactamente a la verdad, llamó a la prodigiosa soberana del collar de islas descubiertas por los marinos hispánicos en su primer viaje por el Mar Tenebroso, a las órdenes desordenadas de corazonada y fantasía, del enigmático señor Almirante de la Mar Océana Don Cristóbal Colón.

Aunque sea sólo con la imaginación, a todos me parece que nos llena de júbilo la idea de ir a Cuba. Y más que a la Cuba actual, desgajada de nuestra España, a aquella Cuba de principios del siglo XIX, cuyo aliento perfumado de café y de piña, de guayaba y tabaco, llegaba por encima de las olas ondulantes, mecido por el lánguido compás de unas músicas de ritmo caliente y perezoso, hasta las costas de Iberia. A todos nos alegra, porque desde el día radiante en que Colón clavó en una de sus playas el estandarte morado de Isabel la Católica, hasta el funesto en que nuestra bandera se arrió de las fortalezas en las que tantas veces españoles y criollos codo a codo, impidieron que La Habana o Santiago se convirtieran en otros robados Peñones de Gibraltar, Cuba fue la niña de los ojos—una niña azul y verde, rosa y

oro, blanco y plata —de la vieja leona tierna y maternal llamada España. A todos nos alegra, porque de los troncos de donde todos procedemos, hubo, hay y habrá siempre en Cuba retoños nuevos que, a su vez crearon, crean y crearán estirpes que hablaron, hablan y hablarán nuestra lengua con una fonética azucarada y frutal, y rimarán con idéntica cadencia sus más bellas palabras para cantar —como Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Martí o Dulce María de Loynaz—las mismas cosas entrañables cantadas aquí por Garcilaso o Lope, Gustavo Adolfo o Juan Ramón. A todos nos alegra, porque después de cuatro siglos largos de ir y venir a Cuba, los españoles llevaron sangre hispánica y trajeron sangre cubana para nuestras venas. Y si a los niños de allí, sus madres les durmieron con nanas asturianas, gallegas, extremeñas, catalanas o andaluzas, a los de aquí nos han mecido en sus brazos o en la cuna con las dulces melodías de las habaneras o las guajiras.

Alegres todos, pues, contemplemos desde la borda del barco fantasma que nos lleva, la silueta de la isla. El aleteo de blancas plumas de los alcatraces y la inmensa mano abierta de esmeralda de una palmera, nos saludan. Saltemos a tierra y dejemos la costa para internarnos un poco por la provincia del Camagüey. En el centro de un inmenso anfiteatro rodeado de lejanas y sombrías montañas—los picachos del Yucatán, de la Sierra de Limones, del Tuabaquey y de los Caciques—, envuelta en brisas perfumadas, en chácharas de guacamayos y cotorras, en zureos de palomas torcazas, guanaros y barbequejos, en píos de garzas blancas, iaguazas y huyuyos, con todos los colores del iris relucientes al sol en sus plumajes, se alza la antigua ciudad de Santa María de Puerto Príncipe.

Es de noche, pero la luna y los luceros en Camagüey son tan claros que no hay sombras en las esquinas y la fronda de la arboleda brilla como si en cada una de sus hojas hubiera encendido su gotita de luz un cucuyo. En una de las más hermosas casas de la calle principal hay «guateque». Por los balcones abiertos se ven parpadear las bujías de las grandes arañas de cristal de La Granja y se escuchan los acordes de un piano, preludiando un aria de Rossini. Sobre el plácido estanque del teclado salta

como un surtidor sonoro una bien timbrada voz de soprano. Llevándose un índice de carbón a los gruesos labios, un negro viejo impone silencio a los cocheros reunidos junto al portal y a los viajeros que nos hemos detenido sorprendidos por la música.

—¡Cállense todos, que canta niña Tula!

Terminada la romanza, uno de los viajeros—pongamos que yo, pues para algo fui el promotor de la excursión—pregunta al criado negro, quién es aquella niña Tula a quien aplauden en el señorial salón los invitados.

—La niña Gertrudis, mi amita, a la que todos llaman Tula, es la más linda, la más lista, la más buena y la más graciosa de todas las señoritas de Puerto Príncipe, y también la más desdichada.

Inquirimos la causa del infortunio de la niña Tula de la voz de pájaro, y el esclavo de color, con su meloso acento inimitable, nos lo explica.

La niña Tula, ya no tan niña pues nació en 1814 y a nuestra llegada a Puerto Príncipe corre el verano de 1835—es decir, está recién nacido el Romanticismo español, con el estreno en Madrid hace unos meses del «Don Álvaro» del Duque de Rivas—es la mayor de los hijos supervivientes del matrimonio poco feliz del teniente de navío de la Marina real de España, don Manuel Gómez de Avellaneda, apuesto sevillano, y de doña Francisca de Arteaga y Betancourt, gentilísima criolla, hija de acaudalados padres españoles de rancio abolengo. Niña Tula, que adoraba a su padre, tuvo la desgracia de perderle cuando sólo contaba nueve años. A su pena infantil se unió la de no advertir muestra alguna de dolor en doña Francisca, y la amargura de que, antes de cumplirse el año de la muerte de don Manuel, ocupara su puesto en el corazón y el lecho de la viudita, un segundo marido, don Gaspar de Escalada y López de la Peña, no menos arrogante que el primero, y también español, aunque no andaluz sino gallego. Don Gaspar lucía en su uniforme de oficial del ejército numerosas cruces y medallas ganadas en la Guerra de la Independencia, de la que no se cansaba de contar heroicos lances, en los que participó haciendo morder el polvo a los mariscales

de Napoleón. Lances heroicos que entristecían a Tula, tal vez porque la única gloria castrense de su padre fuera haber tomado parte en la derrota de Trafalgar. Esto y la admiración de doña Francisca al militar que había raído de su alma el recuerdo del marino, llenaron a Tula de rencor a su padrastro y también a la madre, incapaz de guardar fidelidad a la memoria de don Manuel. Ese terrible resentimiento que hoy los psicoanalistas llamarían complejo de Edipo, privaba a la niña de alegría, haciéndola reconcentrada y melancólica, arisca y caprichosa. Rebelde a la disciplina y al estudio, su inteligencia y su fantasía se manifestaban despiertas para aprender versos, improvisar poesías, interpretar bailes y canciones y convertir en cuentos emocionantes todo cuanto oía o soñaba. Rodeada de mimos y halagos, viéndose confirmar por el espejo los constantes elogios de la madre, los criados y los esclavos, gozando del bienestar de su posición social, Tula no era feliz. Un misterioso desasosiego perturbaba su alma y cuando debía reír lloraba y cuando era menester llorar reía, con ese maravilloso desequilibrio de la adolescencia.

Reservada y huraña, pasaba esas que los mayores llamaban «las horas muertas», leyendo novelas y versos o pensando en las musarañas. «Horas muertas» y «musarañas» que abonaban lentamente en su espíritu el terreno para la futura floración y fructificación de su innato talento poético.

A los quince años, Tula Avellaneda era alta, esbelta y arrogante, de color trigueño y tez suave. Tenía el cabello abundante y obscuro y los ojos muy grandes, negros y rasgados. Uno de sus mayores encantos residía en su prodigiosa voz. Esa voz de la que años más tarde escribiría su fiel amigo Nicasio Gallego:

> Sólo me es dado de tu voz divina
> mudo admirar la fuerza encantadora,
> que vibrando en la esfera cristalina
> oye admirada al despertar la aurora.

Físicamente parecía «una walkyria del trópico, una Brunilda morena, verdadera amazona que llevaba la selva donde iba».

(Esto no lo decía el criado negro, ignorante de quiénes eran don Juan Nicasio Gallego y la walkyria Brunilda. Esto lo sabe-

mos por dos mujeres que han estudiado con pasión la vida y la obra de la Avellaneda: Mercedes Ballesteros y Dulce María de Loynaz).

Por desgracia, como veremos, la walkyria del trópico no encontraría al héroe que al despertarla del fuego sagrado de la poesía con que los dioses la rodearon, hiciera de ella una mujer y madre feliz.

Cumplidos los quince años—vuelve a hablar el criado—no había mozo en Puerto Príncipe y en todo el Camagüey, que no estuviera prendado de sus gracias, ni madre de hijo casadero que no deseara para su retoño a aquella linda criatura, famosa por su ingenio y por los «ingenios» que habría de heredar de su abuelo Arteaga, de quien era la nieta predilecta. Pero doña Francisca se encargó pronto de alejar a la turba de petimetres rondadores, concertando un casamiento de conveniencia de Tula con un pariente lejano y rico, al que la niña apenas conocía más que de vista y de oídas. A pesar de lo cual, Tula se creyó obligada a enamorarse como lo habían hecho sus amigas y sus primas, casadas precozmente según la costumbre cubana. A ella, en cambio, su madre le aplazó el matrimonio hasta cumplir los dieciocho años. Con el largo noviazgo, platónico y distante, sin ver apenas a su prometido, ocupado en sus asuntos, el enamoramiento inmaterial se diluyó con la ausencia. Y también con la presencia inesperada de un joven apellidado Loynaz, de cuyo nombre de pila no se acordaba el criado negro, ni se acordaría después la propia Tula al redactar para el que fue el gran amor de su vida, una encantadora autobiografía. Loynaz, que era extraordinariamente guapo, atractivo, frívolo y sentimental, entró en la vida de Tula casi casi como Romeo Montesco en la de Julieta Capuleto, pues también entre Arteagas y Loynaces una vieja enemistad interponía un muro pétreo, que sus jóvenes vástagos franquearon con desenvoltura y gallardía, sin necesidad de baile de máscaras e intromisión con antifaz, pues las costumbres de Puerto Príncipe en el siglo XIX no eran las de Verona en el XV. Las zalemas de Tula a su madre y a su abuelo lograron el consentimiento para que Loynaz, buen danzarín, recitador y cantor con voz de tenorino de melodías italianas,

entrara a formar parte de la tertulia literaria en el salón de los Escalada, que en realidad era el salón de Tula.

Y, claro está, llegó el diablo, sopló y la estopa de los corazones juveniles prendió en fuego de amor la incipiente amistad. Como por oculto que esté, el fuego echa humo oloroso, la vista y el olfato del instinto materno, no tardaron en advertir el incendio. En la casa se armó—sin mamelucos ni chisperos—la del dos de mayo. Tula confesó estar enamorada de Loynaz, pero reconociendo que, como decía doña Francisca, la ruptura con su prometido sería un escándalo en todo el Camagüey, y que una mujer no puede faltar a su palabra sin menoscabo de su honor, se decidió a afrontar como una heroína de la literatura en boga, el sacrificio de romper con el amado y casarse con el elegido por la fatalidad para anegar en lágrimas y suspiros su vida entera, cumpliendo así la inexorable «fuerza del sino». Despidió a Loynaz cantándole las excelencias del sufrimiento y el olvido. Seguramente, al adoptar aquella actitud, Tula querría provocar el varonil estallido de la pasión romántica y que Loynaz, tirando por la calle de en medio, gritase, maldijese, implorase al cielo y al infierno, retase en duelo al usurpador de sus amores, o propusiera a su amada una fuga nocturna a caballo a través de los bosques, o acaso el doble suicidio silencioso en un lago o con un tósigo, o ruidoso con un pistoletazo. Pero, con gran sorpresa y dolor, se dio cuenta de que Loynaz, nada tenía de Don Álvaro o de Wherther, pues aceptaba con cobarde resignación las ideas de perderla y olvidarla. Por vez primera, la walkyria del trópico tropezaba con el anti-héroe, con el hombre tímido y apegado a los prejuicios, asustado ante la pasión y sus consecuencias. Este tipo de hombre habría de ser el débil y constante contrapunto de su corazón valeroso, de su alma intrépida, de su fogosa capacidad de amar.

Loynaz se dispuso a olvidarla y Tula a apurar el amargo cáliz de un matrimonio sin amor. Doña Francisca dio un suspiro de alivio y empezó los preparativos de la boda, a los que Tula asistía con la fría indiferencia de quien no mide la rapidez con que transcurre el tiempo. La boda se celebraría dentro de tres meses. ¡Si tan largo me lo fiais!... Sin embargo, un día llegan,

procedentes del mejor comercio de La Habana o el mejor convento de Santiago, las primorosas prendas del ajuar de la novia. Mientras doña Francisca pondera la maravilla de los encajes, la suavidad de las holandas, la delicadeza de los bordados, Tula se horroriza viendo tan próxima la fecha que parecía no tener hueco en el almanaque. Y dejando a su madre extasiada ante la finura de las sábanas nupciales, corre a arrojarse llorando con desesperación, sobre su almohada virginal. Horas más tarde —quizá con la complicidad del criado negro que nos refiere los pormenores de su historia—y aprovechando la noche, huye de su casa y se dirige a la del abuelo que la idolatra. El anciano tullido, se enternece oyendo a la niña que, con su voz argentina quebrada de sollozos, declama su dolor en una parrafada de prosa romántica, llena de signos de admiración y de puntos suspensivos como las de la protagonista de su drama «Leoncia»: —«Abuelo: ¡Soy muy infeliz!... ¡Usted no lo sabe bien!... Dios sólo puede sondear la profundidad de mis heridas. ¡Pero todo tiene un término, todo!... ¡Ningún dolor penetra en la piedra del sepulcro!»

El abuelo se horrorizaría oyéndola. ¡Su Tula querida, hablar del sepulcro, con la voz rota en sollozos y los ojos arrasados en lágrimas!... Tomándola en sus brazos, acariciando los negros bucles de su pelo, trataría de consolarla con palabras de cariño. ¿Qué es eso de pensar en morir cuando se tienen pocos años? Todo tiene arreglo en la vida. Ya se encargará él de encontrar una solución al conflicto. Y añade: —«Pero ahora tienes que descansar, hija mía».

Más serena, la voz de Tula con trémolos de primera actriz de teatro romántico, exclama: —«¡Hija! ¡Ah, qué dulce nombre ha pronunciado usted: En estos momentos, cuánto consuelo tendría en oír a mi madre decirme: ¡Hija mía!... ¡Ah, hija!... ¡Sí, llámeme usted de este modo... llámeme usted su hija, y bendígame usted como un padre!»

Naturalmente, el abuelo la bendijo, la besó y envió un mensajero a casa de los Escalada diciendo que niña Tula estaba con él y que no se casaría con un hombre al que no amaba.

La noticia se difundió casi eléctricamente por todo Puerto

Príncipe. El escándalo fue atronador, como un terremoto. Al día siguiente se presentaron en casa del viejo Arteaga, Francisca y Escalada, con Manuel, el hermano de Tula. Y los tíos, tías, primos, sobrinos y demás parientes de Gertrudis, que, secretamente, envidiaban su belleza, su talento y la mejora que a favor suyo hacía el abuelo en su testamento. Las escenas familiares fueron violentas y crueles y en ellas salieron a relucir todos los rencores, todos los malos sentimientos, todos los trapos sucios. Tula fue maltratada, insultada, escarnecida, sin que resultaran mejor librados su madre y su padrastro, quienes pasaron al contraataque, aludiendo a la envidia de toda la parentela a su felicidad. Los gritos debieron oírse en toda la isla. Y las consecuencias de aquel «consejo de familia» en que no hubo razones capaces de cambiar la decisión de Tula, serían fatales para ella. Obligado por los enfurecidos parientes, el abuelo cambió su testamento, anulando la mejora que en el anterior le hacía. Como Gertrudis era desinteresada, ello no la entristeció tanto como saber disminuído su cariño, verle morir a los tres meses y oírse acusar por el energuménico coro de parientes de haber sido la causante de su muerte.

Roto el compromiso matrimonial, Loynaz volvió a visitarla y a cortejarla. Pero ya no era el mismo para Tula. Su cobardía al aceptar la ruptura y la idea de verla casada con otro, habían echado una sombra sobre su persona que apagaba el brillo de la aureola puesta por la ilusión de amor. Sus palabras sonaban a falsas y su voz atenorada a falsete. La aparente sensibilidad de su espíritu no era más que un artificio de su inteligencia. El supuesto carácter varonil y enérgico, no pasaba de ser terquedad y petulancia. Su alegría tenía más de ligereza y frivolidad que de otra cosa. Es decir: en el corazón de Tula había empezado el proceso del desamor, que siempre se inicia con un extraño tirón que arranca la venda de los ojos, y ya sin ésta, veía a Loynaz tan lleno de defectos, como meses atrás de cualidades. No obstante el brutal descubrimiento de que todo había cambiado y de que unirse a él equivalía a secar todas las fuentes posibles de la felicidad y la gloria, Tula se resignaba a hacerlo, por miedo a escandalizar de nuevo a Puerto Príncipe. Pero de noche en su

alcoba, de hinojos ante la Virgen de la Caridad, protectora de los camagüeyanos, imploraba un milagro que apartase de su vida a aquel hombre.

Y el milagro se produjo, de la manera más insólita al sorprender a Loynaz cortejando a su mejor amiga, y a ella prestándole oídos muy complacida. Aunque deseaba la ruptura, le produjo dolor e indignación que la provocasen la deslealtad y la perfidia. Mas no desaprovechó la coyuntura para recobrar su libertad y despedir para siempre a Loynaz.

Si bien todo ello fortaleció su carácter independiente, enérgico y altivo, también la hizo palidecer, adelgazar, entristecerse y desear morir.

Entonces, como ahora, el mejor remedio para la melancolía era cambiar de ambiente, por lo que el padrastro decidió llevarse a toda la familia a Santiago, en donde estaba de guarnición su regimiento, y en donde no rodearía a Tula una aureola escandalosa. Con el secreto designio de volverse a España, había empezado a liquidar las tierras y los esclavos de la herencia del abuelo y a situar su importe en los Bancos de Francia. El «guateque» de aquella noche estival y estrellada, lo ofrecían los Escalada como despedida a sus amistades. Por las facciones talladas en ébano del viejo servidor negro, corrían las lágrimas al pensar en la separación de su amita, a la que tantas veces sentara en sus rodillas para divertirla con maravillosas leyendas del país que exaltaban la imaginación de Tula, aunque más tarde las olvidara, pues son escasos los rasgos del folklore cubano en su extensa y variada producción literaria.

Pocos días después, el matrimonio, con sus hijos Gertrudis y Manuel Gómez de Avellaneda y tres pequeños Escalada, se trasladaron a Santiago, de la que dirá la poetisa que «es una ciudad poco más o menos como Puerto Príncipe, y más fea e irregular. Pero su bellísimo cielo, sus campos pintorescos y magníficos, su concurrido puerto y la cultura y amabilidad de sus habitantes, la hacen muy superior en cierto aspecto». En el nuevo ambiente, recobró Tula la salud y las ganas de vivir. Acogida con admiración y simpatía en sus círculos más selectos, reanudó su contacto con las musas de la poesía, la música y el baile,

reuniendo alrededor de su persona cuando recitaba o cantaba, conversaba o paseaba a caballo, a todos los petimetres, oficiales, marinos y ricachos de la ciudad, que la cortejaban y requerían de amores. Pero, por única vez en su vida, su inflamable corazón no accedió al juego del amor y pasó por entre sus pretendientes como una mariposa inaprehensible. Un solo deseo llenaba su corazón: consagrar todo el brío de su espíritu a la poesía y encontrar en la plena dedicación a ella, el consuelo a sus fracasados afanes amatorios. Para realizar sus sueños literarios era estrecho y mezquino el ámbito de Cuba, incluso el de las animadas, cultas y cosmopolitas Santiago y La Habana. Aunque España había perdido su imperio político en América—en donde sólo le quedaban Cuba y Puerto Rico, en las que ya empezaba a palpitar la fiebre de la independencia—seguía siendo la metrópoli espiritual del idioma castellano. La fama y la gloria para todo el universo que lo hablaba, tenían que forjarse en España y, sobre todo, en Madrid. El deseo de marchar a España se hacía obsesivo en Tula, cada vez que veía zarpar rumbo a Europa un navío. No tardó en contagiárselo a su hermano Manuel y en descubrir que también lo sentía su padrastro, atacado de esa hermosa dolencia galaica que se llama «morriña». Identificada por única vez con Escalada, logró que éste convenciera a doña Francisca de que los temidos fríos y nieves ibéricas, no habrían de helarle los tuétanos del alma y de los huesos. Al fin, se decidió el viaje en una fragata francesa que se haría a la mar rumbo a Burdeos, el 9 de abril de 1836.

Toda la flor y nata santiaguina, acudió a bordo en botes y lanchas para decir adiós a la gentil Tula, que en pocos meses había conquistado a la ciudad. Cuando sonó la campana y los marineros empezaron las maniobras para desplegar las velas a las suavísimas brisas tropicales y todos los amigos, desde las frágiles embarcaciones con remeros negros, agitaban al aire los pañuelos, Tula sintió de pronto la inmensa congoja del exilio, angustiosa aun cuando éste sea voluntario, y corrió a su camarote para darle rienda suelta en los catorce versos de uno de sus mejores sonetos, tan querido por ella que lo pondría al frente de su primer libro de poesías. Voy a transcribir este soneto, con el que

termina nuestro viaje imaginario, y la primera jornada del largo drama de amor de Tula Avellaneda. Dice así:

¡Perla del mar!... ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...
El ancla se alza... El buque estremecido,
las olas corta, y silencioso vuela.

Este soneto está hoy, como una plegaria, en millares de bocas de cubanos, que han iniciado esa «existencia sin comienzo, espectáculo sin interés—detrás de sí unos días que no tienen nada que ver con el presente, delante otros que no encuentran apoyo en lo pasado; los recuerdos y las esperanzas divididos por un abismo», como años más tarde definiría la propia Tula a la suerte del desterrado, en el prólogo al «Viaje a La Habana» de su compatriota Mercedes Santa Cruz, la famosa condesa de Merlin.

La segunda jornada de la vida de Tula da comienzo con unas escenas amables en el barco, en que disfruta de la contemplación del mar y el cielo. Y sigue en Burdeos, en donde desembarcan, cuyas luces, teatros, librerías y tiendas deslumbran a la linda cubanita. Después de una breve estancia en la capital de las Landas, la familia se traslada a La Coruña, en donde viven los parientes del padrastro. El paisaje físico y moral cambia

bruscamente para Tula por la ranciedad mesocrática, mojigata y rutinaria de las laboriosas, incultas y envidiosas mujeres del clan celta de los Escalada, que choca violentamente con el carácter abierto e indómito de «la Doctora», como llaman burlonas a Tula, o de la «franca india», como ella gusta de llamarse. Con razón dice nuestro admirado y querido amigo Gastón Baquero que «no se nace impunemente en un paraíso como Cuba, como no se nace impunemente con talento, con belleza, con riqueza». Tula había nacido en la isla paradisíaca y adornada con esos dones y tenía que pagarlo caro. En contacto con su ambiente, Escalada revela de pronto un alma mezquina y egoísta, y amarga la existencia de su mujer y de sus hijos.

Para colmo de males, la sensible Tula vuelve a enamorarse —o por lo menos a creerse enamorada—de un joven militar bien parecido, pobre y bondadoso, pero por desdicha de inteligencia y cultura muy inferiores a las de la poetisa, apellidado Ricafort (tampoco sabemos cuál era su nombre de bautismo), quien se empeña en poner puertas de prejuicios y recelos al ancho campo del talento y la avidez de saber y de crear de su novia. Ricafort tiene de la mujer el mismo concepto aldeano de las rígidas parientas de Escalada. La mujer ha nacido para coser, fregar, barrer, guisar, rezar y parir. El estudio, el arte y la poesía son cosas de hombres y la mujer que a ellos se incline es un marimacho, cuando no algo peor. Por complacerle—pues cree que le ama y que su amor merece el sacrificio—Tula contiene sus ansias de reír y de escribir, tapona el torrente de su inspiración, se esfuerza en ser hacendosa y callada, resignada y sufrida como las pobres infelices que Ricafort le pone como ejemplo. En un momento de desesperación a causa de los disgustos con su padrastro, se decide a aceptarle como marido, aunque en su fuero interno, el matrimonio horroriza a su ansia de libertad. Por suerte, un vaivén de la política priva de su importante destino al padre de Ricafort y el hijo—amparado por él—recibe la orden de salir de La Coruña para unirse a su regimiento, en campaña contra los carlistas. Es posible que el joven oficial quisiera acelerar la boda, pero Tula, que no dispone de sus bienes, embrollados por su padrastro, se niega hasta ver despejada su situación

económica, pues tenía demasiada altivez para entrar como una mendiga en la familia de su prometido.

Aunque la despedida estuvo llena de lágrimas y juramentos de fidelidad eterna, ya se sabe que la separación quebranta firmezas. Sin el freno de Ricafort, la mano de Tula alterna las cartas al amado con otras a Loynaz (que se está muriendo en Cuba) y con los versos que han vuelto a brotarle en el corazón. Todo ello hace tambalearse sus buenos propósitos, sólo necesitados de un soplo para derrumbarse por completo.

Y ese soplo, se produce el día menos pensado. No; no nos asustemos, pues no es el pícaro amor quien sopla, sino otro pícaro, muy querido de Tula: su hermano Manuel. Obligado por alguna razón no esclarecida, Manuel había marchado al extranjero unos meses atrás, y ahora reaparece en La Coruña, como siempre alocado y con espíritu bohemio. Adivinando lo que pasa por el alma de su hermana, le propone romper sin más ni más el compromiso. ¿Cómo podría ser feliz con un hombre incapaz de comprender su talento, de admirar su gracia, de sentirse orgulloso de todos los dones derramados sobre ella por la Providencia? Si se casa con él, las letras españolas perderán a la primera poetisa de su siglo, convertida en zafia fregona, en bestia de carga de un hombre sin dinero, en un hogar sin ilusión. ¡Adiós gloria, adiós alegría, adiós halagos del mundo!... —Si te casas con él, piénsalo bien, Tula, tú y yo no volveremos a vernos en la vida, pues yo me alejaré de ti, avergonzado de que la criatura elegida por los dioses para dar lustre eterno a nuestra Cuba y a nuestro apellido, se resigne a dar su sangre—que es la del mismo Apolo—a los hijos de un ignorante que la desprecia. ¡Me iré para siempre, hermana, y no volverás a saber de mí!

¿Qué más quería Tula que oír aquellos consejos, advertencias y amenazas que corroboraban las secretas voces de su corazón? Pero ¿cómo romper con Ricafort sin escandalizar a La Coruña como escandalizara a Puerto Príncipe, cuando uno tras otro dejó plantados a sus dos prometidos?... La Coruña no era Cuba... En ella, Tula era una extraña, a la que los Escalada habían tildado de señoritinga aventurera y extravagante. ¡Los hombres la correrían por las calles, mientras las mujeres interrumpirían

su labor de calceta para ver tras los cristales de los miradores cómo la escarnecían y lapidaban, como a un perro rabioso o a una perra salida!

¿Quién había dicho de quedarse en La Coruña, con sus neblinas y sus lluvias? Lo que tenían que hacer los dos hermanos era poner tierra por medio y huir. ¿A dónde? A Sevilla, en donde las gentes cantan, ríen, bailan y aman como en La Habana, en donde brilla un sol igual al de Puerto Príncipe. En Sevilla había nacido el hombre que les dio el ser, y en ella vivían las gentes de su estirpe, que no serían ruines y sórdidas como los Escalada y los Ricafort. Y sobre todo, Tula, no lo olvides, ¡en Sevilla está el amor!

No es difícil convencer a quien como Tula está predispuesto a no ofrecer resistencia al vendaval de las palabras desbocadas. Escuchó a su hermano como a un oráculo, y, embaucada por su última frase—¡en Sevilla está el amor!—emprendió con él la fuga hacia su destino. En efecto, a la sombra de la Giralda, en las orillas del Guadalquivir que corre ceceante hacia el mar, el destino le tenía concertada la cita con el gran amor de su vida. Que también, aunque esto no se lo augurase el tarambana de su hermano, sería el grande, el inmenso, el inacabable dolor de su existencia.

Los románticos hermanos debieron llegar a Sevilla a finales de 1838 o principios de 1839, encontrándola tal y como la soñaban. Por desgracia, nuestra poetisa no ha dejado escritas sus impresiones, probablemente coincidentes con las de Alejandro Dumas, Próspero Merimée y otros viajeros contemporáneos. Pero Tula no parece haber visto la luz, oído las músicas y aspirado las fragancias que a los demás embriagaron. Para ella en Sevilla—casi desde su llegada en 1839 hasta su muerte en 1873—no hubo día ni noche, Giralda ni Betis, palmeras ni rosas, guitarras ni coplas, barrio de Santa Cruz ni jardines del Alcázar. Una gigantesca sombra varonil parece cubrir la luz, enmudecer los surtidores, apagar el sol y las sonrisas, inodorizar los nardos y azahares. Como un inmenso calamar, esa sombra sumerge en su negra tinta el color y la gracia, los bergantines y los caballos,

los ruiseñores y las cigarras de Sevilla, que podían haber inspirado a la cubana. Para Tula, Sevilla perdió su nombre sugestivo y se llamó nada más Ignacio Cepeda.

¿Quién era aquel Cepeda con poder suficiente para hundir en la nada ante los sentidos de la poetisa a la mágica ciudad? ¿Quién era aquel hombre que tala del bosque del recuerdo a todos los demás nombres varoniles que, antes o después de su aparición, resonaron en el corazón de Tula? ¿Qué imperio brutal tuvo sobre ella para obligarle a escribir las páginas más apasionadas y dolorosas, más exaltadas y más mendicantes de amor? ¿Qué extraña relación existió entre ellos, para que un día Gertrudis le dijera:—«Tú no eres un hombre, no, a mis ojos: eres el Ángel de mi destino, y pienso muchas veces al verte que te ha dado el mismo Dios el poder supremo de dispensarme los bienes y los males que debo sufrir y gozar en este suelo», y otro le apostrofara llamándole egoísta, cruel, cobarde, mentiroso, sagaz y astuto, para casi inmediatamente humillarse otra vez implorándole unas migajas de amor, de ternura o cuando menos de comprensión, de caridad, de amistad?

Don Ignacio de Cepeda y Alcalde había nacido en Osuna el 21 de enero de 1816, era hijo de familia noble y descendiente colateral del tronco de Santa Teresa. Estudió con lucimiento Humanidades en Córdoba y Derecho en Sevilla, ampliando y aumentando sus conocimientos con otros económicos, agrarios y políticos en diferentes países europeos, comisionado por el gobierno español. Nombrado Consejero Real de Agricultura en 1853, renunció a vivir en la corte y se trasladó a la villa de Almonte en Huelva, en donde tenía grandes propiedades, a fin de administrarlas y aplicar en ellas los adelantos técnicos y sociales vistos en el extranjero, fundando un Banco Agrícola que cumplía la doble finalidad de Monte de Piedad y Caja de Ahorros. Más tarde fue elegido diputado a Cortes por el rico y bello distrito de La Palma del Condado, cuyos pueblos hermosea con su inefable sonrisa la Virgen del Rocío, e intervino en importantes debates financieros. En 1868 fue proclamado alcalde por los almonteños y, hasta su muerte el 16 de noviembre de 1906 vivió en su señorial casa de Almonte, respetado y admirado

por sus convecinos que le tenían por consejero y protector. Su biógrafo, don Lorenzo Cruz de Fuentes, profesor y director del Instituto de 2.ª Enseñanza de Huelva y editor de la autobiografía que para Cepeda escribiera Tula en 1839 *con la condición de destruirla apenas leída*, así como de unas vehementísimas cartas de la poetisa, dice que don Ignacio «obró siempre el bien, practicó las virtudes cristianas, fue amante de la verdad, generoso y caritativo, no hizo mal a nadie, no tuvo enemigos. ¡Dichoso él, que al bajar al sepulcro cargado de años y de merecimientos, pudo decir desde lo íntimo de su conciencia: *¡amé la justicia, aborrecí la iniquidad*, por eso he sido querido y respetado de todos!»

Es natural que este juicio—referente sin duda a la conducta pública de Cepeda—irrite la sensibilidad y el espíritu de sexo de Mercedes Ballesteros, quien lo rechaza con dureza en su excelente biografía de la Avellaneda.

En verdad, la figura de Cepeda, tal como aparece en el epistolario de su enamorada, que él mismo no debía considerar injusto cuando no lo destruyó y lo ofreció en sus últimos días a la posteridad, no puede inspirar gran simpatía. Pero no parece lícito condenarle sin haberle oído. Desaparecidas sus cartas a la Avellaneda, el diálogo entre ambos—unas veces amoroso, otras áspero y siempre dramático—está incompleto y nos priva de un elemento de juicio definitivo. Así pues, con todos los respetos humanos vamos a tratar de poner un poco de claridad entre las sombras de la larga relación entre Tula y Cepeda, examinando sus caracteres respectivos.

Por cuanto llevamos dicho hasta aquí, creemos conocer—en cuanto es posible el conocimiento de una mujer, de la que además nos separan muchos años, la evolución de las costumbres y del estilo literario—a la walkyria del trópico. Repetimos esta designación de otra mujer, poetisa y cubana como ella, porque refleja dos aspectos de su personalidad: la arrogancia, el ímpetu y la rebeldía de la hija de Wotan y la apasionada capacidad amatoria de las hembras de las voluptuosas tierras antillanas. Al llegar a Sevilla mujer hecha y derecha en el esplendor de su

belleza, con toda la gracia sensual de su temperamento, con el fuego intacto de su inspiración poética, con su ambición de gloria y su insatisfecha sed de amar y ser amada, con sus alardes de independencia y de niña consentida y malcriada, debió causar estragos en los jóvenes herederos de Mañara y de Tenorio, acostumbrados a tratar con dengosas damiselas o con jarifas cigarreras o bailaoras, unas y otras sin complicaciones románticas o psicológicas. La «autobiografía» de Tula y sus cartas, nos proporcionan preciosas indicaciones sobre sus éxitos, sus coqueteos y su carácter avasallador y dominante, voluntarioso y obstinado. No es difícil suponer que su desenvoltura para tratar a los hombres suscitaría enconados comentarios de las señoras mayores y envidias de las niñas casaderas, que veían cómo todos los ojos masculinos se iban detrás de la forastera.

Ignacio de Cepeda, dos años más joven que Tula—la «voluntad de dominio» de la poetisa se advierte en que ninguno de sus amados fue mayor que ella—era, según su biógrafo, guapo, culto, elegante, bondadoso, afable y rico. Probablemente, su cultura, superior a las de los demás cortejos de la cubana, harían que Gertrudis le prefiriera en seguida para el trato intelectual, sin advertir el gran defecto, que tardaría en descubrir entre tantas cualidades: Cepeda era uno de esos jóvenes «empollones» afanosos de aprender no por el goce de saber, sino por hacer carrera. Uno de esos muchachos estudiosos a quienes las hadas madrinas han profetizado un brillante porvenir si no se apartan de los libros, y a quienes los libros marchitan la juventud prematuramente; incapaces de guardar entre las páginas del texto que han de aprender al pie de la letra, la florecilla seca recuerdo de un amorío de primavera o el pliego de papel en que escribir unos versos; incapaces de alterar su horario de trabajo para acudir a una cita de amor. Uno de esos muchachos inamovibles en el primer banco de la clase para no perder palabra del profesor y que éste le vea tomar apuntes; uno de esos mozos nacidos para ser el número uno de todas las oposiciones habidas y por haber. Todos hemos conocido a algunos así, envarados y sabihondos, pretendiendo ejemplarizar con su pedantería a los holgazanes, asombrando a propios y extraños con sus magníficas

notas y dejándose birlar las novias por los que prefieren el madrigal a las Pandectas.

Al pronto, como el amor es ciego, Tula no advirtió la existencia de la rival más temible para ella: la sensatez. Cepeda era fundamentalmente sensato. Lo cual, a los veintitrés años, lleva aparejada la renuncia a la alegría y a la libertad. La sensatez es un grillete en el tobillo que impide echarse a correr por los campos; una mordaza que impide reir a carcajadas sin motivo; un tapón de cera que impide oir cantar a las sirenas. La sensatez en un hombre de veintitrés años—¡y sobre todo en 1839, cuando el Romanticismo convoca a la juventud del mundo al delirio estético y político, al arrebato existencial, a la revolución y al suicidio!—es una deformidad del espíritu, un monstruo hecho de cautelas, retorcimientos del corazón, de no comprometerse, de no arriesgarse, que acaba momificando el alma.

La sensatez haría sonar en el espíritu de Cepeda su rebato de alarma, para ponerle en guardia frente a las insensateces de Tula. Le abriría los oídos a las murmuraciones y a las advertencias de los familiares de andarse con cuidado con aquella aventurera. Sentiría deseos de huir, pero se lo impediría la vanidad de sentirse amado—¡y cómo!—por aquella mujer cuyo talento ponderaba tanto su maestro don Alberto Lista y cuya hermosura celebraban por igual la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres. La sensatez y la vanidad unidas, le hacían fluctuar entre el deseo de verla y no verla, de huir o quedarse. Huir era reconocer su debilidad, su inferioridad. Quedarse, exponerse a ser absorbido, dominado, anulado por aquella mujer superior en todo. Con raras excepciones, tal es el sino de la mujer con cualidades sobresalientes. Incluso en nuestro siglo XX, muchos hombres inteligentes se asustan de ellas y renuncian, por cobardía o ridículos complejos, a descubrir el tesoro de ternura que pueden llevar dentro. Y si además de cobardes son vanidosos incurren, inconscientemente o a sabiendas, en un brutal sadismo espiritual, como el que las desgarradas cartas de Tula denuncian en la sensatez de Cepeda.

La guerra caliente entre la sensatez de Ignacio y la insensatez de Tula duró un año, en el cual Cepeda jugó como la araña cor

la mosca enredada en sus hilos con los sentimientos de la infeliz, compensada sólo por sus grandes éxitos literarios iniciales. Al fin, en 1840, Tula, con la moral y el espíritu deshechos, abandonó el campo y marchó a Madrid. Había renunciado al sueño de que Ignacio la amase como quería ser amada, y llegó a proponerle la humillante transacción de ser «buenos amigos». Pero las cartas que de Tula a Cepeda se conservan, escritas hasta 1854, año en que Ignacio se casó, demuestran que tampoco acertaron a serlo. Él siguió retorcido, suspicaz y quisquilloso, y ella melodramática y apasionada, pues a pesar de haber vivido nuevas ilusiones y nuevos desengaños, no había cesado de amarle. La «buena amistad» entre el sensato sevillano y la cubana insensata sería una larga «guerra fría», aún más dura y sarcástica que la álgida fase de Sevilla. Queda en el misterio saber qué carácter tuvieron sus relaciones en Madrid, cuando Cepeda, al volver de una larga estancia en la Europa central, encontró a Tula en el apogeo de su fama literaria y convaleciente de otra gran tragedia amorosa que, no obstante ser más desgarradora, pronto sería olvidada.

En 1844, Tula, considerada ya la gran poetisa del Romanticismo, había probado fortuna con gran éxito en el teatro y en la novela. Resueltas sus dificultades económicas, el dinero y la gloria la habían situado en primera fila en los mundillos artísticos y sociales de la corte de Isabel II. Amiga de escritores, pintores, actores, banqueros y políticos, tenía entrada en los salones de Palacio y de la aristocracia, los más severos críticos literarios prodigaban elogios a sus obras y algunos académicos como Quintana, Nicasio Gallego, Pastor Díaz, el duque de Rivas, el marqués de Molins, Hartzenbusch, Mesonero Romanos y otros, acariciaban la idea revolucionaria de llevarla a uno de los sillones de la Inmortalidad, desde los que se limpia, fija y da esplendor a la lengua.

Cepeda estaba lejos y ya se sabe que ojos que no ven, corazón que no siente. Gertrudis disfrutaba a sus anchas de su gloria y su libertad, cuando de improviso aparece en su vida otro hombre, a quien podemos llamar con propiedad «hombre fatal»: Gabriel García Tassara, buen poeta, sevillano, de familia noble, culto, educado, guapo y «dandy», debió conocer a Tula, tres

años mayor que él, en alguna tertulia, reciente el estreno de su drama «Alfonso Munio». Uno y otro fueron víctimas de las flechas del travieso diosecillo de los amores románticos, que, al parecer, quiere repetir en Madrid la tormentosa historia parisina, comentada en toda Europa, de Alfredo de Musset y George Sand, con los que Gabriel y Gertrudis tienen cierto parecido.

Dejándose llevar de los sentidos y de Dios sabe qué extraña ilusión, pues en aquellos días manifestaba una gran aversión al matrimonio, Tula se entrega totalmente a Tassara. Pero el idilio no tarda en disolverse en un infierno de reticencias y desconfianzas, de agrios reproches mutuos, de escenas abominables. Ahora la causa no es la sensatez y el miedo del hombre, sino algo todavía peor: los celos profesionales, la envidia del buen poeta que no alcanza la fama, al triunfador, cuyos méritos estima inferiores. Como en este caso, el triunfador era una mujer hermosa, resultaba fácil atribuir sus éxitos más que a su talento a su belleza. Tassara se encoleriza al enterarse de que el Liceo Artístico y Literario de Madrid acababa de fallar un concurso poético, concediendo los dos premios a dos poesías de Tula, una de ellas presentada con el nombre de su hermanastro Felipe de Escalada. Probablemente, también Tassara habría enviado sus versos y al verse privado del galardón, el despecho le haría manifestar sus sospechas acerca de la parcialidad de los jurados, ganados más por las sonrisas que por las rimas de Tula. La injusta acusación, hiere de muerte el corazón de la mujer y el orgullo de la escritora. En la atroz discusión, en la que se entrecruzan palabras de increíble dureza, Tassara pone de relieve la vileza de sus pensamientos y la bajeza de su condición moral, al aceptar la ruptura propuesta por su amante, de la que le consta va a tener un hijo. Se aparta de ella, sin querer volver a verla a pesar de sus reiteradas llamadas, cuando ese hijo—una niña—nace en mayo de 1845 y muere en noviembre. Ni siquiera le conmueve una de las cartas más dramáticas jamás escritas, en la que la madre, deshecha por la angustia y la soledad mientras la niña agoniza, conjura al padre para que acuda a conocerla, a bendecirla, a darle un primer y último beso: «Creo en Dios y en la vida eterna—escribe—y no me resigno a que mi

hija muera sin la bendición de usted». Junto a la súplica, la promesa de decir al mundo—si así lo quiere Tassara—que la hija no era de él, y la amenaza, en términos completamente románticos: «Pero si no vienes, te buscaré, te arrojaré a tu hija, moribunda o muerta, en medio de tus queridas del Circo, a la hora en que te presentes allí»... Naturalmente, no lo hace. La niña —inscrita como hija natural del poeta y de la poetisa—muere en la fría madrugada del 9 de noviembre, expira entre los brazos trémulos de Tula y es enterrada aquella misma tarde, sin que su padre, en un alarde de lo que ahora llaman psiquiatras, juristas y autores tremendistas «crueldad mental», se digne comparecer para acompañarla y adornar su ataúd con unas florecillas. No sabemos si aquella noche la pasaría solo y desazonado en su casa, luchando con sus sentimientos y resentimientos, o, si presa del satanismo romántico que tanto se complacía en los contrastes del cielo y el infierno, de la vida y la muerte, la dedicaría a buscar en el alcohol y la lujuria, inspiración para acabar su poema «Un diablo más».

En todo caso, compartimos la opinión de Mercedes Ballesteros, cuando dice: «Un hombre puede despreciar a la mujer que más le ha amado, puede abandonar y agraviar a la amante más abnegada; pero el hombre que se niega a su propio hijo es como si se negase a sí mismo, como si se menospreciara a sí mismo. Gabriel García Tassara, negándose a contemplar por primera y última vez el rostro de su hija, donde estaba impresa su herencia, se convierte en un ser deforme, inhumano, capaz de desdeñar lo que el hombre no puede nunca desdeñar, que es la propia sangre que alimenta su corazón».

Muerta la hija, de aquellos tempestuosos amores, ni siquiera quedó una huella literaria, como en la obra de otros poetas. Gabriel y Tula alcanzaron rápidamente la llanura sin fin de la indiferencia y el desprecio, después de franquear ese solo paso que separa del amor al odio. Ni él tuvo aliento para escribir un canto como el de Espronceda a Teresa, ni ella para expresar el dolor del desenlace en una breve rima, como aquella en que Bécquer, inmortalizaría un parecido combate de altanerías:

Tu eras el huracán, y yo la alta
Torre que desafía su poder:
¡Tenías que estrellarte o abatirme...!
¡No pudo ser!...

Curiosamente, el 5 de julio de 1845, cuando ya la hija de Tassara y la Avellaneda estaba en el mundo, Tula escribe a Cepeda que está en Sevilla, una carta melancólica en la que se confiesa envejecida a los treinta años y habla de la gota de hiel que todos han dejado en sus recuerdos, pidiéndole, *en secreto*, informes de Tassara y de su familia. ¿Qué móvil le impulsaba a esas preguntas? ¿Acaso el reciente desengaño reavivó su amor a Ignacio y pretendía atraerle de nuevo infundiéndole celos? ¿O tal vez, aconsejada por alguien, pensaba reclamar a la familia de Tassara alimentos para su hija? No se sabe. El caso es que Cepeda, debió sospechar que la persona interesada por Tassara fuera la propia Tula, ya que ésta, en 25 de julio, le vuelve a escribir diciéndole: «Por lo que respecta a mí puedo asegurarte que creo concluída para siempre la amistad que le tuve. Es una de aquellas personas que juzgué ligera y ventajosamente, y que en el día de hoy no juzgo ni bien ni mal. Es para mí un ente nulo. La explicación del interés que tenía en saber el nombre de sus padres y el concepto que gozaba en esa, sería cosa larga y hoy inoportuna. Te repito, sí, que *no es cosa de matrimonio*». A continuación, trata de justificar su soltería, al explayar sus teorías sobre el matrimonio. «Yo no me he casado, ni me casaré nunca, pero no es por un fanatismo de libertad, como algunos suponen. Creo que no temblaría por ligarme para toda la vida, si hallase un hombre capaz de inspirarme una estimación tal, que garantizase la duración de mi afecto. Más; tengo la convicción de que no hay dicha en lo que es pasajero, y digo, como Chateaubriand, que si tuviese la locura de creer en la felicidad, la buscaría en la costumbre. El matrimonio es un mal necesario del cual pueden sacarse muchos bienes. Yo lo considero a mi modo, y a mi modo lo abrazaría. Lo abrazaría con la bendición del cura o sin ella: poco me importaría; para mí el matrimonio garantizado por los hombres o garantizado por la recí-

proca fe de los contrayentes únicamente, no tiene más diferencia sino que el uno es más público y el otro más solemne: el uno puede ser útil a la impunidad de los abusos y el otro los dificulta: el uno es más *social* y el otro más *individual.* Para mí es santo todo vínculo contraído con recíproca confianza y buena fe, y sólo veo deshonra donde hay mentira y codicia. Yo no tengo ni tendré un vínculo, porque lo respeto demasiado; porque el hombre a quien me uniese debía serme no solamente amable, sino digno de *veneración;* porque no he hallado ni puedo hallar un corazón bastante grande para recibir el mío sin oprimirlo, y un carácter bastante elevado para considerar *las cosas y los hombres* como yo los considero».

Lo más interesante de esta carta, que más parece de una heroína de Ibsen que de una poetisa romántica, es que al escribirla ya estaba cerca de Tula el hombre capaz de inspirarle esa estimación capaz de garantizar la duración de su afecto y de ofrecerle la felicidad en la costumbre, en un vínculo santo ofrecido con recíproca confianza y buena fe, sin sombra de mentira o de codicia. Ya estaba junto a ella y dispuesto a olvidar su pasado; el hombre no sólo amable sino digno de veneración, que, sin el egoísmo de la sensatez de Cepeda, o la crueldad mental de Tassara, se disponía a ofrecerle la felicidad de un hogar sin celos ni recelos. Ese hombre era Pedro Sabater, también dos años más joven que ella.

Por su cargo de Jefe político—gobernador civil—de Madrid y por llevar muchos meses enamoradísimo de ella y pendiente de sus pasos, Sabater conocería—como toda la ciudad—la aventura de Tula con Tassara, cuyas huellas estaba dispuesto a borrar con su cariño. No es creíble que en el corazón de la poetisa, siempre encendida en la llama viva de su amor por Cepeda y aún no extinguida del todo la brasa del de Tassara, naciese de improviso un querer nuevo. Tampoco es verosímil que una mujer de su temple, aceptara las insistentes propuestas de matrimonio de Sabater por temor a las mordeduras de la sociedad, por miedo a la soledad en que se encontraba o por gratitud a la compasión del pretendiente, que su orgullo habría rechazado. Ni mucho menos, movida por el despecho. La carta que aca-

bamos de leer, demuestra cómo su talento sabía muy bien lo que quería, y por qué lo quería. A mi juicio, lo que influyó en su decisión fue el inmenso vacío sin consuelo dejado en su alma por la muerte de su hija. Pedro Sabater era un hombre de salud tan precaria, que le convertía en un niño, tan frágil como la criatura recién perdida, al que podría dedicar Tula toda su abnegación femenina y maternal, reiteradamente frustrada. Sospecho que esa fue la razón de que se casara con él en la noche del 11 de mayo de 1846, para ser durante poco más de dos meses la admirable compañera y enfermera del primer hombre bueno y generoso que encontrara en su vida, del descubridor del vasto universo de ternura disimulado tras su talento y su energía varoniles.

En agosto del mismo año, y al regreso de un viaje a París en donde había sido operado de cáncer en la garganta, Sabater murió en Burdeos. Su muerte afligió mucho a Tula, que en el breve tiempo de su matrimonio había hallado al fin lo que anhelaba meses antes: un corazón lo bastante grande para recibir el suyo sin oprimirlo; el hombre no sólo amable sino digno de veneración. Aunque no, claro es, el gran amor susceptible de hacerle olvidar a Cepeda, con quien poco después reanudaría unas relaciones más ásperas y faltas de comprensión que nunca por parte de él, más lamentosas y humillantes por parte de ella, que durarían varios años, hasta que Cepeda contrajo matrimonio en 1854.

Las amarguras no secaron la torrencial inspiración de Tula. Año tras año daba a las prensas poesías, novelas, cuentos y artículos, y al teatro, tragedias, dramas y comedias. El secreto de sus amores con el sensato Cepeda permitía que la lozana viuda tuviera numerosos pretendientes deseosos de hacerla su esposa o su amante. Todos ellos eran desdeñados por Tula que nunca perdía la esperanza de alcanzar la felicidad con el idolatrado Ignacio. Sólo cuando éste—¡gracias a Dios!—casó con otra, la enamorada constante pudo pensar en rehacer su vida, aceptando el ofrecimiento de llevarla al altar de un bravo militar, caballeroso y noble, llamado don Domingo Verdugo. Como el pobre Sabater, Verdugo estaba enamoradísimo de la mujer, admiraba

a la escritora, y tenía la suficiente personalidad propia para no asustarse de su fama de independiente ni de la gloria que la rodeaba. Su inteligencia hizo comprender a Tula que al lado de Verdugo podía encontrar la paz que sólo proporcionan en la vida el cariño legítimo y sereno, la amistad sincera, la fidelidad, el consejo discreto, la seguridad de una grata compañía para cuando la vida se acerque a su crepúsculo. Como el pobre Sabater, Verdugo era con sus suaves y cálidas palabras, con su franca mirada llena de promesas, con su valor y su desprendimiento, la antítesis de Cepeda y de Tassara. Incluso lo que ninguno de los dos hizo jamás, llegó a jurarle que sería capaz de morir por ella. Tula, aceptó la mano que le tendía y se casó con él el 26 de abril de 1855, en la capilla del Palacio Real de Madrid, pues el contrayente era ayudante y gentilhombre de cámara del rey consorte. Isabel II y Francisco de Asís se dignaron apadrinar el enlace.

¿Quién ha dicho que sólo se puede ser feliz una vez en la vida, cuando se funden el amor y la pasión juveniles? En aquella primavera de 1855, Tula, ya entrando en el otoño de la suya, volvió a gozar de una plácida dicha dentro del vínculo matrimonial que tanto despreciara antaño. Su hogar era un modelo de armonía, y durante cerca de dos años, la escritora, inmersa en aquel mar insospechado, pareció definitivamente apartada de las letras. Por desgracia no fue así. En 1858, reanudó su actividad teatral estrenando con pocos días de diferencia un drama titulado «Los tres amores» y la tragedia «Baltasar». El primer estreno fue un fracaso estrepitoso, probablemente preparado por los enemigos literarios de Tula o los políticos de su marido. El segundo—la mejor obra de su autora—un éxito de los que hacen época. Desde los reyes en su palco hasta el último espectador de la galería ovacionaron y vitorearon a la poetisa, y la crítica, de acuerdo con el público como raras veces, se rindió unánime ante la fuerza dramática, la versificación robusta, la interpretación magnífica y la soberbia puesta en escena de la tragedia.

Pero alguna deidad envidiosa quiso anular la felicidad y la gloria de Tula Avellaneda. Y eligió como instrumentos a su

propio marido y a uno de los identificados «reventadores» de «Los tres amores». Pocos días después del triunfal estreno de «Baltasar», los dos hombres se encontraron en la calle. Sin poder contenerse, el coronel Verdugo se acercó al «reventador» para afearle su conducta. Y éste, con un bastón de estoque que llevaba, hirió gravemente en el pecho al defensor de su esposa. Don Domingo moribundo y los amigos del matrimonio, ocultaron a Tula la verdadera causa del atentado, que sólo conocería algo más tarde, después de haberse dirigido públicamente a Isabel II pidiendo justicia contra lo que creía un crimen político. El escándalo fue enorme y el dolor de Tula tan inmenso como la gratitud a su marido que, en efecto, había demostrado ser capaz de morir por ella. (¿Qué pensarían el sensato Cepeda en su casa de Almonte y el petulante Tassara en su Legación en Washington si tuvieron noticia de lo ocurrido?)

El triste suceso fue el principio del fin. Apenas entrado Verdugo en la convalecencia —aunque dañada sin remedio su salud— los esposos se ausentaron de Madrid durante varios meses, y por último, a fines de 1859 se trasladaron a Cuba adonde Verdugo había sido destinado. La Habana, Santiago y Puerto Príncipe, acogieron con entusiasmo a la hija pródiga que volvía cargada de laureles. Por un momento, Tula pareció recobrar las ilusiones literarias. Pero agravada la enfermedad de su esposo, que se desenlazaría fatalmente en 1863, se agotaron las fuerzas de la walkyria del Trópico, que llena de melancolía y desilusión, decidió volver a España, no para reanudar su prodigiosa carrera literaria sino para llorar sus penas.

Aunque había sido para Verdugo una esposa ejemplarmente cariñosa, abnegada y fiel, aún seguía enamorada de Ignacio Cepeda. Y por ello, por estar cerca de Almonte, por encontrar los escenarios de su gran amor juvenil, se instaló en Sevilla en donde, vuelto su espíritu hacia Dios, escribió sus últimas poesías. Allí pasó seis años entregada a sus recuerdos y a la corrección de sus obras, en la espera desesperada de que el sensato Cepeda acudiera un día a decirle una palabra de afecto y de consuelo o a devolverle la autobiografía y las cartas que guardaba como oro en paño, con morbosa avaricia y con el secreto

designio de que su nombre figurase un día en la historia literaria de España aunque sólo fuese en la forma poco caballeresca que lo ha hecho, que seguramente las mujeres calificarán con mayor dureza. Pero Cepeda no fue a Sevilla a verla, pues sin duda, la sensatez es lo último que se pierde. En 1870, la pobre Tula, sola, enferma y prematuramente envejecida, vuelve a un Madrid, como Sevilla, vacío de afectos y lleno de fantasmas. Su madre y sus hermanos Manuel y Pepita, habían muerto. Lo mismo sus mejores amigos. Isabel II estaba en el destierro, y los españoles buscaban dramáticamente un rey extraño. Madrid era otra ciudad, otro mundo, en los que nada tenía que hacer la insigne poetisa, sino aguardar, en la soledad y el olvido más absolutos, la muerte. La muerte que llegó, silenciosa y despacito en la madrugada del día primero de febrero de 1873, diez días antes de que las Cortes proclamaran la I República española.

Nadie nos lo ha dicho, pero tenemos la certidumbre de que el último pensamiento de Tula sería para el hombre de quien fue la enamorada constante. Y llegamos a más. Para ponernos a tono con su época y su temperamento, queremos creer que en los labios exangües y convulsos de la agonizante, se fundirían con las oraciones de su fe cristiana implorando al Dios de amor el perdón de sus pecados, también de amor, las estrofas de su célebre poema «A Él» con las que cierro emocionadamente esta evocación de la ilustre poetisa:

No existe lazo ya; todo está roto:
plúgole al cielo así ¡bendito sea!
amargo cáliz con placer agoto;
mi alma reposa al fin; nada desea.

Te amé, no te amo ya; piénsolo al menos
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!
Que tantos años de amargura llenos
trague el olvido; el corazón respire.

Lo has destrozado sin piedad; mi orgullo
una vez y otra vez pisaste insano...

Mas nunca el labio exhalará un murmullo
para acusar tu proceder tirano.

De graves faltas vengador terrible,
dócil llenaste tu misión; ¿lo ignoras?
No era tuyo el poder que, irresistible,
postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

Quísolo Dios, y fue. ¡Gloria a su nombre!
Todo se terminó, recobro aliento.
¡Ángel de las venganzas! Ya eres hombre...
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu cetro, se embotó tu espada...
Mas ¡ay, cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada
y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día
Ves este *adiós* que te dirijo eterno,
sabe que aún tienes en el alma mía
generoso perdón, cariño tierno.

La maestra del dolor: Gabriela Mistral

Recuerdo a Gabriela Mistral, cuando la vieron mis ojos y la oyeron mis oídos, hace ya muchos años, con ocasión de su primera visita a Madrid, en la que descubrió, exaltándose con la hermosura de su prosa a Santa Teresa y—como diría más tarde—que «una de las cosas perfectas entre las que se posan sobre la bandeja de este mundo es el cielo de Castilla, cristal de cristales, unas veces claro dulce, otras veces claro duro».

Era por entonces Gabriela Mistral una mujer de treinta y cinco años y, como alguien la ha descrito, «alta, eurítmica, evo-

cadora de la Roma matronal; se dijera formada para portar la noble y amplia elegancia de la túnica inmaculada... Su rostro, que debió ser blanco, se ha tostado al sol y al viento, y aparece trigueño, tocado de rosas. Ojos verdes, mansos, ojos buenos, húmedos de dulzura, como los debió tener Jesús, ojos por donde se asoma y parla suavemente, con sonrisa fraterna y sedosa, un alma nutrida de dolor... Nariz algo encorvada al estilo de un pico de águila. Labios acentuadamente caídos en la comisura; trazo de sufrimiento; amarga cicatriz que la uña enorme de la vida dejara en el rostro al clavar sus venganzas insondables... Cabellos... Sólo recuerdo su peinado elemental, infantil... ¿Alma?... Ante todo, alma de mujer (excepcional), clara y fresca como un vaso de agua fresca y clara...» (1).

Así era Gabriela Mistral exactamente. Su rostro no tenía belleza, pero sí clasicismo; su alma irradiaba feminidad a través de un cuerpo y una fisonomía que muchos encontraban varonil por el absoluto desdén de las galas y los afeites. Ni un anillo en sus dedos, ni zarcillos en las orejas, ni un toque de «rouge» en sus labios oscuros como su piel, ni una flor prendida en el vestido, ni una onda en su pelo liso y endrino. Su aire era misterioso, patético, impresionante, en una mezcla extraña de modestia y altivez, de humildad y orgullo. Podía ser española, pero también podía ser india. Acababa de publicar un prodigioso libro de versos editado en Norteamérica por el Instituto de las Españas y venía a la Villa y Corte a recoger la enorme cosecha de admiración suscitada en el mundo literario hispánico por aquellas estrofas suyas abrasadas de dolor, pero endulzadas de un inefable sentimiento. Sólo se conocía de ella su nombre —y para eso no era su nombre sino un seudónimo elegido con poética gracia bautismal—, y que allá en sus tierras chilenas ejercía de manera ejemplar el magisterio en modestas escuelas rurales entre el pie del Ande y el labio del Pacífico.

No recuerdo con exactitud, en qué sitio la vi y la oí. Quizá

(1) Fernando García Oldino: «Visita a Gabriela Mistral», en la Revista «Selva lírica». Citada en la biografía de Julio Saavedra Molina, publicada en los «Anales de la Universidad de Santiago de Chile», 3.° y 4.° trimestre de 1946.

fuera en el Ateneo; tal vez en la Residencia de Señoritas—hoy Colegio Mayor Santa Teresa—; en la de Estudiantes, en la Junta de Ampliación de Estudios o en la Normal, ya que en todos esos sitios fue recibida con máximos honores por los intelectuales, los estudiantes, los catedráticos y los maestros. La oí recitar con una voz lenta, grave, monótona, sobrecogedora, sus mejores poemas, que provocaron el entusiasmo de los oyentes. Era yo muy joven entonces y no tuve ocasión de ser presentado a ella, como también me faltó en otra estancia suya en Madrid el año 1932, durante la cual desempeñó el cargo de cónsul honorario de su país en la capital de España.

Más tarde, conocí el drama de su vida y el profundo secreto de los versos que componen su libro maravilloso «Desolación», que con «Ternura» y «Tala»—que en gran parte reproducen poemas del primero—y algunos poemas más, dispersos en revistas o antologías, constituyen su obra poética conocida, aunque según manifestaciones de la poetisa, guardaba material inédito para otros dos o tres volúmenes, que hasta la fecha no han sido publicados, si es que realmente existían. A ese drama, voy a referirme, para que mis lectores comprendan mejor si los han leído, y se apresuren a leerlos si aún no los conocen, los versos de esta mujer, tal vez los más hondamente femeninos de toda la literatura universal.

La primera escritora de nuestra lengua castellana galardonada con el Premio Nobel de Literatura, se llamaba Lucila Godoy Alcayaga y era hija de padres chilenos de origen español, quizá uno u otro—o los dos—con sangre india en las venas. Andando el tiempo, Lucila Godoy, ya Gabriela Mistral, se consideraba «mestiza de vasco y aymará», atribuyéndose también ascendencia judía.

Nació el 6 de Abril de 1889 en la pequeña ciudad de Vicuña, situada en el valle de Elqui (Chile), «olorosa tierra» según su expresión. Su padre, casado en segundas nupcias con su madre, tenía del primer matrimonio otra hija, bastante mayor que Lucila, llamada Emelina, que como aquél, se dedicó a la noble, abnegada y bellísima profesión de roturar la tierra virgen de las

almas infantiles en esa institución tan parecida a un nido que es la escuela primaria.

El padre abandonó el hogar cuando Lucila tenía tres años. La madre debía ser mujer de pocos arrestos, por lo cual hubo de ser Emelina quien se encargara de guiar, educar y encaminar en la misma profesión a la hermana pequeña. Al parecer, Lucila no mostró en su infancia grandes dotes intelectuales, por lo que amigos, parientes y maestros aconsejaron dedicarla a cualquier cosa menos al estudio. Sin embargo, los consejos reiterados y el ejemplo de Emelina, sirvieron para incitar a la niña a acercarse sin temor y con amor a los libros. Y con aprovechamiento, puesto que antes de cumplir los diez y seis años, Lucila había entrado como maestra ayudante en la escuela de La Compañía, aldea cercana al pueblo de La Serena, de la que no tardaría en pasar a otra en La Cantera. En 1907, la maestrilla de diez y siete años, «pura, pobre y alegre», de apariencia campesina, fue trasladada a otra escuela rural en Coquimbo, pueblecito del mismo valle natal de Elqui, por el que cruzaba el ferrocarril. Lucila era, como todas las chicas a su edad, soñadora, palpitante de anhelos e ilusiones. Se consagraba con ímpetu vocacional a su escuela, a sus niñas morenuchas, espigadas, preguntonas, con las que una vez terminada la lección (el abecedario, la tabla de multiplicar y el catecismo), jugaba al corro «en el llano verde, al pie de los montes»:

Corro de las niñas,
corro de mil niñas
a mi alrededor;
¡Oh Dios, yo soy dueña
de este resplandor!

cantaba jubilosa.

Pero también escribía versos tristes «sin causa ni razón». ¿Sin causa ni razón?... ¡Ya la habría! Si a los diez y siete años una muchacha ríe, canta, sufre o llora, nunca lo hace sin causa ni razón. Aunque sus sentidos corporales y sus potencias espirituales no lo adviertan, es indudable que el amor

anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡Lo tendrás que escuchar!

Lucila no tardará en saber que todo aquel delirio de sus sueños, lo provocaba el amor en acecho. Una tarde, al volver de la escuela a su casa, cerca de la estación se cruza con un mozo que

Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada
y al mirarme se le ha vuelto
grave el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada.
¡Y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!
Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas...
Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvias.
¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.
¡Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!...

En las biografías que conozco de Gabriela Mistral, sólo figuran las iniciales—R. U.—del joven que pasara cantando por su lado. Pero se sabe que—como el protagonista de una película neorrealista—tenía, igual que la maestrilla, un oficio vulgar: factor del ferrocarril. R. U. debía ser galán de cálida palabra, con la que incendió el alma virginal de la muchacha feúcha, despertándole un súbito afán de hermosura para retenerle:

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa

las altas cañas cuando baje al río.
Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas.
Ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Leyendo estos versos, me impresiona más todavía el recuerdo plástico de la Gabriela Mistral que conocí, descuidado totalmente el arreglo de su rostro y de su atuendo, y el de algo ocurrido con su cadáver que contaré después. ¿Conseguiría Lucila ponerse bonita? Seguramente. Su edad era la más a propósito para que una florecilla en el pelo o en el pecho, un sencillo vestido de colores claros, unos zarcillos de plata indiana en las orejas, realzasen el encanto natural de las mejillas tersas y la boca en sonrisas. Pero sobre todo, el mágico resplandor del amor recién nacido, sería el que pusiera en sus ojos luminosos reflejos de alborada. ¡Cómo no iba a transformar a la muchacha ante los ojos del amado, si todo lo demás se transfiguraba para los de ella con la presencia de él haciéndole exclamar:

El mundo fue más hermoso
desde que me hiciste aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
¡y el amor como el espino
me traspasó de fragancia!

No es extraño que una enamorada joven sienta angustia de miedos y recelos. ¡La felicidad es tan frágil! Ha brotado de repente encendida como una rosa y la rosa es por naturaleza efímera. Puede troncharla el viento, helarla el cierzo, agostarla el calor, cortarla el primero que pase ante el jardín. Y ella, Lucila ¡tiene tan pocos encantos para merecer el amor, que no puede vivir tranquila un instante! ¿Dónde está el amado cuando no está a su vera? ¿Qué labios le sonríen? ¿Qué voz seductora entrará por sus oídos como una música irresistible? Las muchachas de Coquimbo le clavan las flechas de sus miradas como a un

San Sebastián. Bajan a la estación a la hora del tren de la tarde que va y viene de lejanas tierras, no para contemplar al caballo de hierro de la locomotora resoplando fuegos como un volcán o para soñar con viajes ilusorios, sino para ver al gallardo factor que en el andén da la señal de la partida. Lucila sospecha que van a verle con intención de robárselo. Sobre todo una, la guapa del pueblo, alta y esbelta, garbosa y graciosa, hermosa y odiosa, pulida y acicalada.

Los celos—el mayor monstruo como los llamara un poeta español—se apoderan del alma de Lucila. «Celos que aún del aire matan», quiebran sus sueños en la noche. La maestra se despierta enloquecida, gritando:

¡Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras!...

Y maldiciendo desesperada:

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa.
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas,
que, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas...
Y destilo de tu lengua
aunque a otra mujer llamaras,
y me clavo como un dejo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes, o ansíes
¡por mí solamente clamas!

Pasa la noche de desvelo y al día siguiente, él, como siempre, acude a buscarla a la salida de la escuela y prendiéndola del brazo se la lleva por los campos. Lucila anda nerviosa, acongojada. El mozo inquiere la razón de aquel desasosiego, ríe cuando

le cuenta la pesadilla y trata de borrar de su frente la obsesión constante. El dulce palabreo, la cálida presión de la mano en la mano, obran el milagro de dar mansedumbre de cordero al rugiente león de los celos. Cuando

es noche y baja la hierba al rocío,

Lucila suplica a su amado:

¡Mírame largo y habla con ternura!

Accede el mozo y su monólogo vehemente parece tranquilizarla. Vuelven hacia el pueblo pálidos de luna y estrellas. Lucila se siente dichosa y olvidada del puñal ardiente que traspasa su pecho. A la puerta de la casa, prolongan la despedida con esa postdata interminable de los novios. De pronto, en una esquina, la luz y las sombras engendran un fantasmal revuelo de faldas. El ramalazo de desvarío vierte de nuevo su ponzoña en el corazón enamorado. Y rompiendo el trenzado de los dedos, la furia de los celos se encrespa una vez más. Lucila murmura con los labios prietos de iracundia:

¡Pero te va a brotar víboras
la tierra si vendes mi alma!

Los celos de Lucila Godoy no eran del todo fantasías de su alma juvenil. Lo imaginado muchos meses se hace real un día. La presentida rival irrumpe en carne y hueso en la vida de la maestra. No; no es imaginación ahora. Es ella, ella, la que va con él del brazo por la tierra en flor. Los ojos no mienten.

Él pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Queda anonadada, sobrecogida, muerta en pie aunque corra la sangre por sus venas. El orgullo no puede tolerar tamaña ofensa. Y el amor tampoco es capaz de perdonar. El claro cristal roto no podrá unir sus pedazos sin que la cicatriz de la fractura manche su limpidez y transparencia. ¡Adiós al amor y a las ilusiones! ¡Adiós sobre todo a la ilusión más fuerte y más noble, la que soñara tantas veces, de llegar a ser madre de un hijo de él, que fundiera para siempre sus dos vidas!... La ruptura es total. Y por más que él suplica perdón una y otra vez, Lucila no cede. Ahora, por las noches, ya no grita. Reza y llora. Se vuelve a Dios con una fe patética para pedirle fuerzas:

En esta hora, amarga como un sorbo de mares,
Tú sostenme, Señor.
¡Todo se me ha llenado de sombras el camino
Y el grito de pavor!

Lucila Godoy, con la vida deshecha, siente más intensa que nunca la vocación del magisterio. Todo es amargura en su torno: el paisaje cargado de recuerdos de las horas felices, la compasión semiburlona de las gentes. Hasta los versos que le van brotando del corazón para llevarla a la inmortalidad, son un tormento más, pues en todos está presente su pasión dolorosa. Sólo los niños de la escuela con sus juegos inocentes, logran proporcionarle algún consuelo.

Transcurren los meses. Llega el año 1909. El galán insiste un día y otro en lograr el perdón y reanudar el idilio. Tal vez el devaneo con la coqueta le ha dejado un recuerdo amargo y le ha hecho comprender la grandeza del alma de aquella otra mujer traicionada en mala hora. Pero Lucila no cede. Aunque le sigue queriendo como siempre o más que nunca, no se atreve a volver a enfrentarse con el martirio de los celos. Al mismo tiempo, el orgullo le ciega los hontanares del perdón. El mozo se desespera. Corre aventuras de amor, se embriaga, busca en el azar de los naipes un remedio imposible. Se va despeñando por la barrancada del vicio. Contrae deudas. Escribe a Lucila. Pero Lucila, obstinada—Lucila o el destino—le contesta con dureza:

Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
ni consiente que tú duermas
si no en mi trenza ahuecada.

Es cruel. Lo sabe y lo saborea como si mascara una hierba antigua y trágica de un viejo rito milenario de venganza. Pronto habrá de arrepentirse de aquella obstinación. Con la última negativa de Lucila en el bolsillo, el amado, que había empeñado su honor en un lance de juego, acude al tremendo punto final de los vencidos: pegarse un tiro.

Imaginamos el estupor y el espanto que se apoderaría del alma de Lucila al enterarse de la noticia que sacude como un terremoto la tranquilidad de la aldea. Una nube negra y roja envuelve su figura, señalada por todos los dedos acusadores de la murmuración ajena y el arrepentimiento propio. El dolor la enloquece. Se considera culpable. ¿No se había dicho a sí misma una y mil veces que prefería verle muerto a saberlo en brazos de otra? ¿No han sido sus porfiadas negativas las que llevaron hasta su sien el frío cañón de la pistola?... Sí; ha sido ella quien le empujó a cometer el pecado mortal; ella quien le arrastró al círculo dantesco en donde sufren eternamente los suicidas. Todo el horror de aquellos días angustiados—días que durarían años—se cuajan en maravillosos versos delirantes, trémulos, unas veces de enorme hondura cristiana, otras surcados de extrañas vetas de un paganismo místico y supersticioso. El tremendo drama ha convertido a Lucila Godoy en un tremendo poeta. Pocas veces en la literatura de nuestra lengua se habrá escrito un poema más escalofriante que «El ruego», al que pertenecen estas estrofas febriles:

Señor, Tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra Te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca.

Cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;
¡no tengas ojo torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, Te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fue aquella tarde sin esperar Tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, Te arguyo que he tocado
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado
¡ y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fui cruel? Olvidas, Señor, que le quería,
y él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprendes: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

Ya no puede hacer más por el amado que rezar, gemir y prometerle una fidelidad póstuma. No más amor de amar; no más soñar; tendrá que retorcer sobre todo, en holocausto a la memoria del amado muerto, el más vivo y hondo de sus deseos: el de maternidad. No tendrá un hijo suyo, pero en cambio, será la madre de todos los hijos ajenos que andan por los caminos de Dios: los bonitos y los feos; los que llevan la luz

de la inteligencia en la frente y los bobitos babeantes; los blancos y los indios; los engendrados por un amor bendito y los nacidos del odio y del pecado...

A los veinte años de edad, Lucila Godoy formula el voto más singular que mujer alguna haya hecho: el de amar maternalmente a todas las criaturas ajenas. Para cumplirlo, nada mejor que seguir en el magisterio. Intensifica sus estudios y obtiene los diplomas necesarios en 1910. Después de servir en varias escuelas rurales más, pasa a liceos de niñas en diferentes ciudades, iniciando una extraordinaria labor pedagógica que pronto llama la atención de las autoridades chilenas. Al mismo tiempo, se va dando a conocer poco a poco como prosista y poetisa en diversas revistas. Su primer gran éxito literario lo obtuvo en 1914 al ganar—con tres de sus «sonetos de la muerte», inspirados en la tragedia de Coquimbo—la flor natural en unos Juegos Florales celebrados en Santiago. A la sazón, era profesora en el Liceo de niñas de la ciudad de Los Andes. Una leyenda dice que no acudió al teatro donde se celebraba la fiesta literaria para leer sus versos y recoger el galardón, por carecer de un vestido apropiado. Otra versión afirma que presenció las justas poéticas desde una localidad escondida.

De lleno en el camino de la poesía, continúa publicando versos y trabajos en prosa, algunas veces con su nombre, y las más, con el seudónimo que pronto habría de adoptar definitivamente y con el que hoy figura en el Olimpo de las letras mundiales: Gabriela Mistral. Según parece, este seudónimo fue adoptado por Lucila Godoy como homenaje al Arcángel anunciador de la más hermosa maternidad del mundo y al gran poeta provenzal Federico Mistral, autor del bellísimo poema «Mireille». Alguna vez, la propia poetisa desmintió esto último afirmando que la adopción de la palabra Mistral se debió a ser uno de los nombres del viento «maestral» que procede de la parte intermedia entre el Poniente y la Tramontana. En el vocablo Mistral, se reunían pues, el nombre de un poeta admirado, el de un viento dramático como los que sacudieran su existencia, y el de su amada profesión.

Ya en 1920, cuando la década transcurrida desde el drama de Coquimbo había devuelto el sosiego a su ánimo y granado de madurez su inteligencia, el seudónimo había vencido definitivamente al nombre, no sólo en la literatura sino también en la pedagogía. Por entonces, comienza a inspirar su lírica lo que alguien ha llamado «la musa del regazo fecundo» a la que son debidos poemas tan hondos y tan bellos como los sonetos «La mujer estéril» que empieza:

La mujer que no mece un hijo en el regazo,
(cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas),
tiene una laxitud de mundo entre los brazos;
todo su corazón congoja inmensa baña.

Y el delicioso de «El niño solo»:

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó, curvada en el barbecho;
el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho
y una canción de cuna me subió, temblorosa...

Por la ventana abierta la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba,
como otro resplandor, mi pecho enriquecido...

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante entre los brazos dormido!

A estos siguen los «Poemas de los mares»—en prosa—y los «Poemas infantiles», las «Canciones de cuna», en donde la delicadeza de los sentimientos maternales voluntariamente frus-

trados, alcanza los más dulces matices como en la titulada «Encantamiento»:

Este niño es un encanto
parecido al fino viento:
si dormido lo amamanto
que me bebe yo no siento.

Es más travieso que el río
y más suave que la loma,
es mejor el hijo mío
que este mundo al que se asoma.

Es más rico, más, mi niño,
que la tierra y que los cielos:
en mi pecho tiene armiño
y en mi canto terciopelos...

Y es su cuerpo tan pequeño
como el grano de mi trigo;
menos pesa que su sueño;
no se ve y está conmigo.

Y en «La manca», llena de resonancias populares españolas, poema que serviría de pauta a tantas poesías de poetas popularistas posteriores:

Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena,
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero
y el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:
—«Novedad de la tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña.
¡La que esté manca lo venga a buscar!»

Que me den un barco para ir a traerlo,
y para el barco me den capitán,
para el capitán que me den soldada,
y que por soldada pide la ciudad:
Marsella con torres y plazas y barcos,
de todo el mundo la mejor ciudad,
que no será hermosa como una niñita
a la que robó su dedito el mar,
y los balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Gibraltar.

Con razón ha dicho un crítico que la poesía de Gabriela Mistral—la más mujer de las poetisas y la más original—es auténticamente femenina, ya que, antes que ella, ninguna otra había hecho oír la voz del instinto materno, del instinto de la especie, por no haber auscultado el alma o no sentirla. En la poética de Gabriela Mistral se dan los dos matices del amor materno: el positivo, el del gozo no exento de cuidados, y el negativo, derivado de la dolorosa esterilidad. En este caso, Gabriela habla en su lenguaje de mujer apasionada, espontáneo en la idea, buscado en la forma, realista, penetrante, a todas las mujeres que han sufrido, como ella, la desolación de su instinto contrariado.

«Si la palabra *genio*—añade el mismo comentarista—no es un biombo tras el cual los críticos ocultan su incapacidad intelectual para explicar lo que sienten y admiran; si este vocablo encierra el concepto en que comúnmente se le aplican de «máxima originalidad» o de «creación grandiosa», la actitud poética de Gabriela Mistral lleva la marca del genio, puesto que le es propia y es grandiosa. Ningún poeta masculino ha podido sentir la desolación de la esterilidad; este sentimiento es intenso y devastador sólo en la mujer, típico de su sexo, que la naturaleza dotó de fuertes instintos para la conservación de la especie humana. Ninguna poetisa, antes de la chilena, prorrumpió en los lamentos ni exhaló los suspiros que la disconformidad arranca a esta escritora, a tal punto, que ahora y en comparación con Gabriela Mistral, todas ellas nos parecen poéticamente sin sexo.»

Toda la América española, conoce y admira ya en 1921, por sus trabajos poéticos, periodísticos y pedagógicos, a la insigne Gabriela Mistral, que ha ido ejerciendo sucesivamente la dirección técnica de los más importantes Liceos de Punta Arenas, de Tamuco y Santiago. Su cultura es muy vasta, aunque debido al desvarío emocional de su tragedia y al desorden de sus lecturas, se hubiera aficionado tal vez con exceso a los estudios teosóficos y a otras filosofías extrañas.

Tan grande es su renombre en todo el mundo de habla española, que en 1921, el Gobierno mexicano, deseoso de iniciar una profunda reforma de la educación nacional, invita por medio del gran intelectual Vasconcelos a la maestra chilena para que asesore a las comisiones técnicas encargadas de esa reforma. Probablemente es el primer caso en la historia de México, en que se solicita la cooperación de una personalidad extranjera para una tarea legislativa. Gabriela Mistral vivió largos meses en México, alcanzando una enorme popularidad y el respeto admirativo de cuantos tuvieron ocasión de conocerla.

A finales del mismo año, el profesor español Federico de Onís, habla por vez primera de Gabriela Mistral en sus lecciones de Literatura hispánica en la Universidad de Columbia en Nueva York. Da lectura a algunos de sus mejores poemas, suscitando tal entusiasmo en sus oyentes, que el Instituto de las Españas decide editarlos. Los versos más admirables, desperdigados hasta entonces en revistas y periódicos o guardados en las carpetas de la poetisa, se recogen por primera vez en el volumen titulado «Desolación».

Después de viajar por los Estados Unidos y algunos países europeos, Gabriela Mistral hace su primera visita a España. En Madrid edita su segundo libro «Ternura», en el que figuraban varios de los poemas de «Desolación» y otros muchos inéditos. Durante su estancia en la capital de España, se alojó en la Residencia de Señoritas, invitada expresamente por su ilustre directora doña María de Maeztu, conviviendo con las muchachas que estudiaban en aquel centro en las que produjo una impresión imborrable. En España, Gabriela Mistral se enamoró del cielo de Castilla, de los clásicos españoles, de este ambiente y esta

cordialidad nuestra, dejando un recuerdo vivísimo en cuantos tuvieron la fortuna de verla y escucharla.

A su regreso a Chile, después de larga ausencia, fue acogida en triunfo tanto por los intelectuales como por el pueblo. Su prestigio internacional era ya tan inmenso, que el Gobierno chileno decidió utilizar sus servicios para algo más que tenerla al frente de una escuela. Le concedió el título más alto de su carrera pedagógica, ascendiéndola a Profesora de Estado en la especialidad de castellano y le otorgó la jubilación con la pensión máxima a fin de poder enviarla como representante de su país a la Oficina de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, en la que figuraban los más importantes intelectuales del mundo. En este cargo, permaneció Gabriela Mistral varios años. Encontrándose en Ginebra, recibió en 1929 la noticia de la muerte de su madre, que al producir en su alma una nueva crisis dolorosa, cuajó en un libro hondo, extraño, desigual y lleno de misterio, titulado «Tala», que no publicaría hasta 1938.

Desde 1930 en que abandona la Sociedad de Naciones, Gabriela Mistral recorre el mundo. Apenas vive en Chile. Pero cada vez que vuelve a su patria, es recibida con verdadero delirio. Es una mujer errante, un poco desarraigada por universalidad, a la que en todas partes se recibe «en olor de multitud». En ocasión de una visita a Puerto Rico para pronunciar unas conferencias en la Universidad de San Juan, las mujeres, tanto las intelectuales como las más sencillas del pueblo llano, viendo en Gabriela Mistral un símbolo del genio femenino, llegan a extremos de verdadero histerismo. Ver, oír, oler o tocar a Gabriela Mistral es para muchas de ellas como ponerse en contacto con una deidad.

Tanto homenaje y tanto incienso fatigan a la ex-maestrilla de La Serena y la transforman en una figura mítica, con mucho de reina y mucho de diosa. La gloria es para Gabriela Mistral un veneno tan nocivo como la coca que en las aldeas andinas mastican sin cesar los pobres indios descalzos y envueltos en sus ponchos. La gloria—que siempre sabe a poco a quienes la alcanzan inesperadamente, sacándoles de su centro y de su ser para meterles en una órbita ajena—convierte a la poetisa en un

«monstruo sagrado», del que han huído la sonrisa, la gracia poética, la fresca sencillez adolescente y juvenil. Cuantos honores se le conceden, en vez de abrumarla, parecen estimularla a desear más y más con avidez insaciable, sin importarle el camino a seguir para alcanzarlos. Gabriela Mistral parece avergonzarse de que la fama que nimba su figura se deba a haber dejado correr en el borbotón caliente de sus versos todos los sentimientos de su corazón, y se esfuerza en acartonar y endurecer su alma en los áridos campos de la política, la sociología y la diplomacia. Al mismo tiempo—es la época de la gran boga de las teorías freudianas—, se apodera de ella el «complejo de evasión» y en ningún sitio puede quedarse mucho tiempo sin quebranto de sus nervios, sin exaltaciones de su carácter. Los miles de leguas de extensión al borde del Pacífico de su patria, se le hacen pequeños y antipáticos y sus trabajos empiezan a acusar extrañas influencias. El gobierno chileno, que no sabe cómo complacerla y halagarla, decide que vuelva al viejo mundo, pero por razones ignoradas, no a la sede de la Sociedad de las Naciones, en donde ahora la «estrella» de la cooperación intelectual es otra gran poetisa, la rumana Helena Vacarescu, sino a un puesto diplomático o consular. Como un collar de gemas rutilantes, el ministro de Asuntos Exteriores de Chile, desgrana ante la poetisa los nombres de las más bellas ciudades de Europa, del Norte de África, del Oriente cercano. En cualquiera de ellas, deslumbrantes de sol, de arte, de color, de musicalidad, la insigne ex-maestra puede recuperar el equilibrio de sus nervios, la serenidad y la inspiración lírica que ha desertado de su pluma. Gabriela Mistral duda ante aquel mágico kaleidoscopio por el que desfilan los paisajes de las Mil y Una Noches—Bagdad, Damasco, Ispahán—; el mundo fabuloso de los Faraones—El Cairo, Alejandría—; los escenarios homéricos y pindáricos de Grecia; la fragancia de las rosas de Bulgaria o la brisa del Bósforo; la Viena y el Budapest que recobran su exquisitez romántica, a medida que el tiempo cicatriza las heridas de la Gran Guerra que destruyó el Imperio de los Habsburgo; Italia, crisol de civilizaciones y culturas, paraíso para el artista; España, la bienamada...

Gabriela Mistral elige Nápoles, con su maravilloso puerto

en el que al pie del Vesubio trágicamente empenachado de humo, parece condensarse todo el azul mediterráneo. Nápoles, es alegre como una «canzonetta», luminoso como si un pedazo del sol hubiera tenido el capricho de desprenderse de la enorme masa de fuego y claridad para convertirse en ciudad y volcán. Tal vez con la dulzura del clima y la placidez del cielo, se disiparan todos los nubarrones de exasperados recuerdos y de terribles premoniciones que oscurecían sus días y sus noches. Tal vez, de la áspera piedra de su alma insatisfecha, volviera a manar el fresco hilillo de un romance.

La desilusión de la poetisa fue tremenda al enterarse de que el ministerio de Asuntos Exteriores del reino de Italia le ha denegado el «exequatur» porque las leyes fascistas no autorizan el ejercicio de las funciones consulares a una mujer en el territorio nacional. Es la primera ocasión en que un poder se opone al nombre que Gabriela Mistral considera digno de la admiración y la pleitesía del mundo entero. ¡El desaire que Benito Mussolini, maestro e hijo de Rosa Maltoni, maestra como ella, acaba de hacerle, jamás podrá olvidarlo! Si ya en los medios ginebrinos había aprendido a juzgar con «esprit» francés y «humour» británico al fundador del fascismo y a despreciar su obra, ahora el despecho la suelda de corazón a todos los antifascismos habidos y por haber. Al no conseguir el puesto en Italia, se acuerda de España, de Madrid, de los amigos que allí dejó. Quizá sea el de Madrid el ambiente que más pueda satisfacerle, en donde todo un mundo de poetas, pedagogos y pensadores la rodee, la ensalce, lleve sobre las andas de la admiración y bajo el dosel del entusiasmo su figura cada vez más adusta y más austera. Pero desde su primera visita a España a esta segunda han pasado diez años, se han alterado muchas estructuras sociales, han fermentado muchas ideas, ha surgido, impresionante y poderosa, una pléyade de poetas nuevos—la llamada generación de 1927, la de Gerardo Diego, la de García Lorca, la de Alberti, la de Guillén, la de Salinas, la de Cernuda y tantos más—que ha puesto de relieve el valor de la de sus maestros—Unamuno, Machado, Juan Ramón—y sigue en marcha ascendente. En cambio Gabriela Mistral, nunca mejor empleada la frase tópica, «se ha dor-

mido sobre sus laureles». Como la sorpresa inicial de sus magníficos poemas no tiene continuidad, desempeña —más literaria que políticamente— el Consulado de Chile en Madrid con carácter honorario y rodeada de prestigio, eso sí, pero sin producir el asombro de antaño. Vive primero, como en su primera estancia, en la Residencia de Señoritas, de la que no tarda en mudarse a un piso frente al Retiro. Parece ser que algunas diferencias de criterio enfriaron su amistad con María de Maeztu. También la señora Cónsul, desearía mayor libertad para formar sus tertulias y dedicarse a cuidar con su ternura maravillosa a un niñito indio que ha adoptado. El niño, al que llamaba Yinyin, la abandonaría más tarde, justificando los miedos que Gabriela Mistral expresara años atrás en su «Poema del hijo».

No permaneció en Madrid demasiado tiempo. Disgustada con muchos de sus viejos amigos y con alguna autoridad de la república, empezó a despertarse en su alma una sorprendente animadversión a España, con cuya lengua y cuyas esencias espirituales había formado su espíritu y creado sus más hermosas obras. Trasladada a Lisboa y de Lisboa a Niza, su viejo antifascismo se exaltó con la guerra de España primero y luego con la mundial que la obligaría a salir de Niza cuando en 1940 invadieron Francia los ejércitos alemanes.

De nuevo recorrió América hasta que fue destinada al Brasil. Siendo Cónsul de Chile en Petrópolis, tuvo conocimiento en diciembre de 1945 de que la Academia sueca le había concedido el Premio Nobel de Literatura, solicitado para ella muchos años antes por el Gobierno chileno. ¡Ahora sí tiene dinero para un buen vestido de ceremonia, y puede acudir a Estocolmo a recibir el galardón de la gloria universal de manos del viejo rey Gustavo...! Como los españoles no saben de rencor y perdonan el daño que les hacen quienes a su patria se lo tienen, la noticia del altísimo honor concedido a la mujer que tanta belleza supo extraer del castellano, llenó de júbilo a todos los que fueron sus amigos y sus admiradores, como si sólo recordaran los versos y los encendidos elogios de su primer viaje.

Vuelve a América, ahora a la del Norte, para desempeñar el Consulado de su patria en Los Ángeles. Tantas idas y venidas,

tantas glorias y laureles, han anulado un poco en Gabriela Mistral el sentimiento de la poesía. O, por lo menos, si los escribe, no quiere dar a conocer sus versos. De vez en cuando, los periódicos publican sus artículos, densos de pensamiento y de robusta prosa.

Su salud ha empezado a declinar. Los años y los achaques han hecho más silenciosa, más fría, más huraña, más solitaria que nunca a aquella mujer. Se ha vuelto quizá excesivamente dogmática, excesivamente rígida, excesivamente intransigente. Después de una larga y penosa enfermedad que hace inútiles los sobrehumanos esfuerzos de los mejores médicos norteamericanos, sus ojos, que tantas lágrimas vertieron, que tantos cielos y soles contemplaron, que tantas horas de vigilancia y de trabajo pasaron, se cierran para siempre, lejos de la radiante luz andina, el día 10 de enero de 1957 en una aséptica habitación del Hospital de Hampstead, sin flores ni crucifijo. Sus manos, derramadoras de caricias sobre tantas cabecitas infantiles, forjadoras de tantos maravillosos versos, se crispan para siempre, «orientadas hacia un ancla invisible»... Todas las ondas del éter se estremecieron en la mañana invernal como si una cadena de ululantes mistrales desintegrara sus átomos para comunicar al mundo la dolorosa noticia. Chile se apresura a reclamar sus despojos para devolvérselos a la tierra natal, cuyos jugos nutricios fecundaran toda su obra. Los embalsamadores norteamericanos preparan para enviarlo a Chile el cuerpo en que vivió el excelso espíritu de la maestra del dolor, y cometen con él el más absurdo de los desafueros, la más insensata de las profanaciones. Al abrirse el ataúd en Santiago para que el pueblo entero pudiese contemplar los restos de la figura más eximia de sus letras contemporáneas, se produjo un movimiento unánime de indignación y de repulsa. Con la mejor buena fe quizá, con esa buena fe con la que tantos errores garrafales cometen los yanquis—en este caso los embalsamadores—habían convertido el severo rostro de Gabriela Mistral en una máscara pulida y maquillada como si se tratara del de una «estrella» cinematográfica dispuesta para actuar ante la cámara. Unas manos, ingenuamente pecadoras, habían teñido con colores de vida la ceniza

de la muerte. Las marchitas violetas de los labios exangües fingían ahora el color de los pétalos de rosa. Todo cuanto Gabriela Mistral despreciara en vida como frívolo e indigno de su dolor de amor, de su misión materna y magistral, embadurnaba y ridiculizaba la nobleza broncínea de sus facciones inertes. Las artes cosméticas habían hecho grotescos los clásicos rastros de la maestra y la intelectual. Aquel sarcasmo aumentó todavía más la pena del pueblo chileno que, en una manifestación impresionante, tributó su cálido homenaje de admiración y gratitud a la mujer que, a lo largo de medio siglo de trabajo, había paseado gloriosamente por el mundo el nombre de su patria y la lengua de España...

(No sería la última vez que los embalsamadores norteamericanos cometieran la misma profanación con unos cadáveres ilustres. En la tarde del 5 de junio de 1958 unos cuantos españoles sentimos el mismo dolor y la misma indignación que la multitud chilena un año antes, al contemplar en la capilla ardiente de su casa de Moguer, los rostros de Juan Ramón Jiménez y de su esposa Zenobia Camprubí, asimismo preparados para aguardar la hora del juicio final bajo una máscara que nada tenía que ver con el mármol de la muerte).

Como cada día se plantea el mundo el fundamental problema de la enseñanza en todos sus grados, me parece oportuno terminar esta evocación de Gabriela Mistral reproduciendo una de sus mejores páginas, la hermosísima «Oración de la maestra», que quisiéramos sirviese de norma a cuantos maestros, profesores o catedráticos desempeñan en nuestro país la noble misión de enseñar al que no sabe, a fin de que convirtiesen su profesión en sacerdocio. Dice así:

> «Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra.
>
> Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es «carne de mis carnes». Alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible Tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre Tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de Tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame!, ¡sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos. Pero Tú me oprimirás entonces contra Tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en Tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada y banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana en mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. ¡Reprenda con dolor para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala

desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos de costado a costado».

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL